

PUCK DER ZWERG

Jakob Streit

© First Published 1981

Published by Agreement with Verlag Freies Geistesleben

PUCK, EL GNOMO

Jakob Streit

© 2010 Editorial Idunn Ltda.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual: 188.790

ISBN: 978-956-8799-11-3

Ilustraciones: Georges A. Feldmann

Traducción: Ana María Rauh

Editado y publicado por Editorial Idunn Ltda.

Las Urbinas 81, oficina 3B, Providencia

Santiago de Chile

(56-2) 233 4137

info@editorialidunn.cl

www.editorialidunn.cl

Primera edición: abril de 2010

Diagramación de portada e interiores: Salgó Ltda.

Impresión: Salesianos Impresores S.A.

Derechos reservados. Prohibida su reproducción.

Índice

Las Primeras Travesuras	9
La Reunión de los Gnomos	18
La Última Queja y la Confesión	24
En las Profundidades de la Tierra	29
El Oro Robado	34
La Segunda Mentira de Proll	37
En el Imperio de los Herreros del Fuego	39
Junto al Rey de los Gnomos	46
El Maravilloso Jardín del Rey de los Gnomos	53
Puck en el Reino de los Seres Humanos	55
Una Importante Reunión	66



Las Primeras Travesuras

Había una vez un pequeño gnomo que se llamaba Puck. Uno de sus piecitos miraba hacia delante y el otro piecito miraba para atrás. Cuando caminaba hacia delante, alegre estaba el Piecito-adelante, y cuando marchaba hacia atrás, alegrábase el Piecito-atrás. Fue así que a menudo caminaba el mismo camino, una vez hacia delante y otra vez hacia atrás, llegando siempre al mismo lugar del que había salido. Si tenía ganas, hacía ese juego del caminar todos los días, sin molestar a nadie. Pero sus compañeros se reían de él y se burlaban de su piecito torcido y de su juego de las caminatas. Durante mucho tiempo, a Puck le parecía que se estaban riendo por que les gustaba su juego y puso todo su empeño en darles alegría. Pero sucedió que un día, al estar descansando debajo de una gran roca, notó que dos de sus compañeros se sentaron en la parte superior de esa roca. Eran Gries y Gram, los hermanos inseparables. No habían visto a Puck debajo de la piedra.

De pronto, Gram comenzó a charlar: «¿Te diste cuenta, Gries, cómo rengueaba Puck esta mañana al caminar hacia delante? Pero en realidad todo en él es torcido: su pie, su nariz está torcida hacia la izquierda y su barba torcida hacia la derecha y una oreja es más grande que la otra». Contestóle Gries: «Y yo creo que hasta tiene un brazo más largo que el otro. Es realmente el gnomo más feo de nuestra stirpe». «Sí, lo es», continuó Gram, «y para colmo de males, el tonto se cree que nos causa gracia y no se da cuenta que aquí estamos, burlándonos de él. Es demasiado tonto».

Después de haber escuchado todo esto que Gries y Gram estaban diciendo, se puso muy triste. Se acurrucó un poco más profundo debajo de la piedra y apoyó la cabeza en sus manitos. Grandes lágrimas cayeron de sus ojos. Y esas lágrimas cayeron sobre la casita de un caracol. El caracol de pronto sintió esa humedad y lentamente salió de su casita, creyendo que se trataba de una buena lluvia tibia. Cuando levantó la mirada buscando la nube, vio los dos ojos del gnomo, de los cuales salían las gotas.

«¡Ah!» pensó el caracol, «es Puck, con el piecito torcido. ¿Será que algo malo le ha pasado que está tan triste?» Después de haberse lavado con algunas de esas bellas gotas, le dijo a Puck con su delicada vozecita de caracol: «¿Qué pasa, Puck, que estás haciendo esa lluvia? ¿Estás triste? ¿Sientes un dolor? —Mira ese sol de primavera. Los pimpollos están creciendo. No es época para lágrimas».

A Puck otras veces ya le había costado esfuerzo poder entender la charla del caracol. Se secó las últimas lágrimas y con voz quejumbrosa, muy baja para que los de arriba no la escuchasen, dijo: «Gries y Gram se burlan de mí por tener dos pies desparejos y una oreja más grande que la otra. Y dicen también que mi barbita está torcida, así como también mi nariz».

El caracol estaba indignado y susurró: «¡Puah! ¡qué mala gente! Tápales la boca para que no puedan hablar así de ti».

Puck respondió: «¿Y cómo podría hacer eso? Son mucho más fuertes que yo». «Yo te ayudo», respondió el caracol. «Te daré de mi mucosa-pegamento». Y con eso el caracol escondió sus cuernitos e hizo fuerza dentro de su casita y entonces la baba le salió de todos los poros. Delante de ella, en el suelo, pudo verse un gran manchón de baba. Luego le ordenó: «Y bien, Puck, fíjate si allá arriba esos dos se han quedado dormidos. No se escucha voz alguna».

Lentamente, Puck salió de su escondite y miró hacia arriba. Y allí los veía, profundamente dormidos. Se lo comunicó al caracol, y éste le aconsejó: «Busca algo para juntar la baba. Luego le colocarás unas gotas entre los labios de cada uno. Es un buen pegamento, ya verás. Por tres días no podrán decir mala palabra alguna. Mi baboso-pegamento pega cualquier cosa».

Puck buscó una hoja seca y rígida del viejo roble que estaba allí en la tierra desde el año pasado. Con un pedacito de corteza juntó con gran cuidado la baba. El caracol observó cada uno de sus movimientos, contento, movía sus cuernitos: «Muy bien, muy bien ¡pegamento-baba pega bien!»

Sin hacer ruido alguno, Puck trepó a la piedra y dejó caer unas gotas de la baba entre los labios de Gries. Se corrieron lentamente y pegaron todo el ancho de su boca. Como todo había salido tal como se pensara, ahora le tocó el turno a Gram. Éste sacudió un poco la barba al caer la primera

gota sobre sus labios, pero afortunadamente no se despertó. Como el sol estaba mandando fuertes rayos calurosos, la baba pronto se había secado, sellando las bocas de los burlones.

Puck esperaba ansiosamente el momento en el cual los dos despertarían. Quería saber lo que sucedería. Durante largo tiempo aguardó debajo de la piedra. Cuando el caracol preguntó: «¿Me puedes dar más de esas gotas de ojos?» Puck le respondió: «Siento que quisiera reírme y no llorar. No puedo». El caracol lo comprendió, se metió dentro de su casa para dedicarse a la preparación de más baba.

Durante mucho tiempo, Puck permaneció esperando en la sombra, debajo de la piedra. De cuando en cuando salía un poquito para observar a los dos. Cuando ya no pudo dominar su impaciencia, cortó el tallo de un pasto y comenzó a tocar con éste la punta de la nariz de Gries, escondiéndose de inmediato debajo de un arbusto al lado de la piedra. Gries se pasó la mano por la nariz, dos o tres veces, como para espantar una mosca. Pero no despertó. Puck se acercó nuevamente. Esta vez introdujo el tallo dentro de uno de los agujeros de la nariz, girándolo rápidamente: ¡Husch! Se escapó.

Gries esta vez se dio un golpe sobre la nariz como para aplastar a la mosca. Despertó y tuvo que estornudar con fuerza. Estornudando, golpeó su cabeza contra la cabeza de Gram y quiso gritar por haber sido despertado así de pronto. Pero con su boca pegada pudo emitir tan sólo un sobresaltado ¡Hm-hm-hm! En realidad estaba queriendo decir: «¡Me despertaste!» Gries le contestó: «¿Hm-hm-hm?» y quería preguntar: «¿Fuiste tú quien me estaba haciendo cosquillas?» En eso, Puck ya no pudo dominarse y estalló en una fuerte carcajada. Se había delatado. Gries y Gram giraron rápidamente sus cabezas en dirección del arbusto, descubriendo al escondido. Ambos gruñeron: «¡Hm-hm-hm!» y querían decir: «¡Esto nos hizo Puck!» Se levantaron de un salto, Puck, sin embargo, ya había desaparecido en la espesura. Al intentar perseguirlo, se enredaron en unas ramas espinosas y Puck logró escaparse.

De tantos hm-hm, enojados, ya se les habían puesto coloradas las cabezas. Volvieron junto a su piedra, intentando allí abrir sus bocas con los dedos. Pero ni con los dedos, ni con las muecas que hacían pudieron lograr

nada. La baba-pegamento se mantenía firme. Gries señaló en dirección del arroyito y se escuchó: «M-hm-m-m-hm» lo cual significaba: «¡yo lo pruebo con agua!» Así que se encaminaban al arroyo del bosque. Durante largo rato colgaron dentro del agua la barba, la boca y el mentón, masticando de un lado y de otro. ¡Todo en vano! No salieron del Hmmm.

Lentamente se pusieron muy furiosos. Gries quiso ir de inmediato al Rey de los Gnomos para acusar a Puck. Gram, empero, no pudo comprender cómo el tonto de Puck pudo lograr semejante cosa ¿y de dónde había sacado el pegamento? Tendrían que haberse dado cuenta que les estaba colocando pegamento. A él le vino más bien la idea que sus labios se habían unido con esa firmeza, carne con carne, por haberlos cerrado tan fuerte mientras dormían. ¿Y si había que cortar para abrirlos? ¡Eso sí que dolería! A Gram se le llenaron los ojos con lágrimas. Pero Gries lo tomó decididamente del brazo y lo llevó a la gruta en la roca, de la cual habían salido antes de dormirse.

Después de que Puck notara que los dos gnomos ya no lo estaban persiguiendo, se sentó sobre el musgo y se puso a reír y reír. Sintió tanta alegría por la travesura lograda mediante la ayuda del caracol, que por primera vez en su vida se puso a hacer vueltas de carnero. Y se olvidó del piecito torcido y también de su nariz no del todo derecha.

Luego siguió sentado en el musgo, pensando: «Hasta ahora, mis hermanos gnomos siempre se han burlado de mí, riéndose. Ahora, el que se ríe será yo. ¿Qué otra travesura queda por hacer?

Mientras alegre corría por el bosque, ya hacia delante, ya hacia atrás, llegó junto al arroyo. Escuchó voces, ahí estaban sentados tres hermanos gnomos. Tenían los pies metidos dentro del agua y estaban comentando que no encontraron ningún pez allí en todo ese tiempo. ¡Sí, justo esos tres se habían reído de él muchas veces! Rápidamente se ocultó detrás del tronco de un árbol cercano. Puck pensó: ¡Les mostraré un pez!

Muy cerca de los tres hermanos cayó una piedrita al agua, salpicándolos. Excitado, gritó uno de los gnomos: «¡Uh, una gran trucha ha pegado un salto y nos salpicó! ¿Dónde está ahora? ¡Atención, la próxima vez la agarramos!» Los tres se habían levantado, mirando fijamente al agua. Al no aparecer la trucha, se sentaron de nuevo sobre la orilla. A Puck el

asunto lo divertía sobremanera. Eligió entonces una piedra más grande, pero con tanto entusiasmo, apuntó mal y ¡qué desgracia! la piedra rozó la cabeza del gnomo Napp, para caer luego al agua. Napp pegó un fuerte grito y Puck salió corriendo. Pero uno de los gnomos lo vio mientras se escapaba entre los arbustos y exclamó: «Allá va Puck, él lo hizo. ¡Puck es malo!»

Napp, el gnomo lastimado, tenía un gran chichón en la cabeza y se lamentaba: «Ay, ay ¡cómo duele! ¡cómo duele!» Otro gnomo, que había visto a Puck, dijo: «Vayamos a decírselo al Rey. Venid todos, vosotros sois los testigos!» Tomaron en su medio al lesionado Napp y se encaminaron al reino de los gnomos.

Mientras tanto, el asustado Puck se internó al bosque. Se refugió dentro de un árbol hueco y allí quedó, quieto. Había sentido alegría cuando salpicaba el agua; sentía, sin embargo, un poco de vergüenza por haber errado el tiro y ocasionado el chichón. Sentía pena por el lastimado. Su intención había sido únicamente salpicar el agua. Pensaba: «¿voy y les pido perdón, consuelo al lastimado y busco alguna hierba para colocar sobre el chichón? No, no puedo hacerlo. Con la rabia que tienen, me darían una paliza y me arrancarían pelos de mi barba».

De aburrido que estaba, Puck comenzaba a desprender con los dedos la parte podrida de la madera en el interior del hueco. Y sin proponérselo, comenzó a llenarse los bolsillos con esos trocitos de madera. De pronto, escuchó una voz que se aproximaba a su árbol. Era una voz baja y se asemejaba un poco a un gruñido. «Ah», pensó Puck, «es Proll, el gordo, que se la pasa ordenando a los demás. Pero está con alguien. ¿Quién será?»

Sigilosamente, Puck se aproximó a la abertura del hueco y pudo observar entonces que Proll llevaba consigo al delgado gnomo Din, a modo de siervo. Habitualmente le servía de mensajero. Proll acostumbraba a hablar en voz alta y hasta gritar sus maldiciones en caso de que Din no viniera corriendo al ser llamado.

Muy cerca del escondite de Puck se sentaron los dos. Y Proll dijo con voz de trueno: «Ya mismo te vas al bosque y me buscas frutillas dulces y maduras. ¡No quiero ver ninguna con mancha blanca! Esas no son dulces y maduras. ¡Rápido! ¡Anda ya, si no, te enseñaré a toser a dos voces! Yo

me acuesto un poco, y cuando despierte quiero encontrar aquí sobre esta piedra, frutillas rojas y de delicioso gusto. ¡Hae!»

Din se levantó de un salto y salió corriendo, asustado. Al cabo de poco tiempo, los ronquidos de Proll llegaron a oídos de Puck. Estaba indignado por el modo en el cual Proll había tratado al pobre Din. Y allí tuvo la idea: «a ese Proll le haré una travesura ¡que no olvidará jamás! ¿Pero qué travesura podría ser ésa? ¿Cómo se envalentona con el pobre Din, insultándolo, torturándolo! ¿Qué podría hacer?» Y Puck pensaba esto y aquello. «¿Tirarle una piña sobre la nariz? No, es muy poco castigo. ¿Baba de caracol sobre sus labios? No, porque tiene la boca abierta por los ronquidos». De pronto, se largó a reír: «¿Lo haré, o es demasiado grave?»

Mientras así estaba buscando la travesura adecuada vio que Din se aproximaba sigiloso. Traía ambas manos colmadas con frutillas maduras, las que fue colocando cuidadosamente sobre la piedra señalada, junto a Proll. Éste estaba tan profundamente dormido, que Din pensó: «Hasta que se despierte, falta mucho. Yo también me acostaré un poco para descansar». Desde su hoyo, Puck notó que al cabo de poco también Din se había dormido.

En ese momento Puck salió de su escondite, cuidando de no hacer ningún ruido. Se acercó a las frutillas. El aroma era irresistible, y Proll seguía roncando. Con gran deleite, Puck se comió una tras otra, las frutillas. Proll seguía roncando. ¡Qué ricas eran! Sólo quedaba una frutilla, la última. Proll roncaba. Puck fue amontonando unos cantos rodados sobre la piedra, entre los cuales había colocado un hongo podrido. Proll seguía roncando. Puck sacó de sus bolsillos las fibras de madera que había sacado del árbol hueco y las puso sobre el montoncito, colocando por último, arriba, la frutilla que había quedado. Le echó una mirada a Proll, quien después de inspirar con un ronquido, echaba el aire por la boca. Luego, Puck retornó a su cueva en el árbol, para observar desde allí los acontecimientos a suceder.

Al cabo de un tiempo, Puck se cansó de tanta espera. Del interior del tronco desprendió una astilla y se la arrojó al dormilón. Cayó justo sobre su nariz. Proll exhaló un fuerte ronquido y levantó la cabeza. ¿Quién lo había despertado? ¿Qué olor tan extraño había en el aire? ¿Serían las

frutillas? ¿O qué otra cosa podría ser? Miró la piedra a su costado, vio el montoncito de fibras de madera y la hermosa frutilla roja, arriba. «¿Por qué será que el tonto de Din me tapara las frutillas con esas fibras? ¿Tal vez haya querido protegerlas de las moscas? ¡Tonto que es!» Se comió la frutilla, hundiendo luego su mano en el montón de fibras, para extraer las otras. Pegó un grito y arrojó lejos de sí las «frutillas» podridas. Luego trató de limpiarse la mano fregándola sobre el musgo. Recién entonces vio que allí a su lado estaba dormido Din. Con todas las ganas le dio un puntapié a Din, mientras gritaba: «¿Dónde están tus frutillas? ¡Pescado podrido! ¿Te atreves acaso a burlarte de mí?»

El pobre Din no comprendía nada. Tartamudeaba, queriendo dar su explicación, pero el furibundo Proll levantó sus puños para darle una buena paliza. En ese instante, Puck saltó de su hueco; de un sacudón sacó a Din del medio, de modo tal, que el golpe de puños de Proll fue a dar sobre su misma barriga. De prisa, Puck arrastró a Din al hoyo del árbol.

Proll intentó sacarlos de allí, pero era muy gordo como para poder meterse en el hoyo. Con toda su furia golpeó el tronco hasta que tuvo moretones en sus puños. Luego se alejó profiriendo maldiciones y amenazas: «Si los agarro, los colgaré a los dos de una rama, cabeza para abajo...»

Dentro del hueco, el pobre Din temblaba en todo su cuerpo, tal era su miedo. A causa del sobresalto estaba confundido y no entendía el porqué del enojo de Proll. Puck trató de calmarlo. Le contó cómo él había sido testigo de todo desde ese hueco. «Vi cómo Proll te maltrataba. Y cuando vi las frutillas tan hermosas, pensé: «a Proll le voy a hacer una travesura como enseñanza. Entonces me comí las frutillas mientras él roncaba».

Al cabo de un rato, le terminó de contar a Din lo que había hecho con el hongo podrido y Din se sobresaltó más aún. «Y Proll está pensando que fui yo quien le hizo esta travesura. ¿Qué será de mí? Ya no puedo retornar al reino de los gnomos. Proll se vengará y me pegará todos los días».

Pero Puck era valiente ahora y dijo: «De ahora en más, yo seré tu amigo y te voy a proteger». Din lo miró un poco incrédulo. ¿Qué podía hacer Puck contra Proll? Pero Puck prosiguió: «Deja que me haga cargo de las cosas. Esta noche, cuando tenga lugar la reunión de los gnomos, le contaré

al Rey de qué modo se ha comportado Proll con sus insultos, gritos y maldiciones. Seguro que Proll presentará su acusación y espero que el Rey no tome a mal mi travesura. Confieso que tengo dudas de cómo podrá tomarla el Rey. Era una intuición del momento...»

Din, que tenía pocas esperanzas que todo eso llegaría a un buen fin para los dos, dijo: «Puck, con todo agrado quiero ser tu amigo. Seguro que habrá un castigo para los dos. Mira, el sol se está poniendo. Tenemos que regresar al reino de los gnomos. Muy pronto, al caer la noche, comenzará la reunión con el Rey».

La Reunión de los Gnomos

Puck sentía un poco de temor por todos los acontecimientos de aquel día. Y ahora tenía que regresar al reino de los gnomos. Seguramente que los boca-pegados Gries y Gram lo habían visto en su huida. Y seguramente que también se notificaría la piedra arrojada, aunque fuera sin el propósito de herir. Y ahora todavía el asunto con Proll... Por cierto que era mucho para un solo día. Pero Puck pensó: «uno debe tener la valentía de confrontarse con sus actos. Nunca antes le había hecho daño alguno a nadie. Aún siendo el más feo de los gnomos, con una pierna torcida, me gusta ser alegre y no quiero que se burlen de mí mis hermanos gnomos. Eso se lo diré al Rey si está enojado conmigo».

Al llegar ambos a la grieta que conducía a la entrada del reino de los gnomos, Din pidió: «Puck, dame la mano, el miedo me hace temblar y apenas puedo sostenerme sobre mis pies».

Puck tomó con firmeza la mano de Din y comenzó a tararear una canción para tomar coraje: «Trallerie – bím – bím, trallerie bam – bam...»

Cuanto más profundo entraron a la tierra a través de las diferentes capas de las rocas, tanto más intensa se veía la luz azul de los cristales. De todos los lados venían gnomos. A modo de fugaces sombras, todos ellos se dirigían a una amplia gruta, con infinitud de escalones de piedra y cristales, sobre los cuales iban a sentarse. Algunos de los gnomos llevaban en sus manos extendidas piedras luminosas a modo de farolitos. Por aquí y por allá apareció algún martillito brillante. Había un movimiento, un ir y venir, comparable a aquél de un hormiguero.

«Ven, Din» le dijo Puck, «sentémonos aquí atrás en este rincón. Mira, allá adelante están los dos boca-pegados, y también Proll seguramente se sentará allá adelante para poder presentar su queja rápidamente. Pronto llegará el Rey».

De pronto se hizo el silencio. Se escucharon delicados sonidos cristalinos. El Rey se aproximaba, acompañado por siervos portadores de luz. Formaron un círculo alrededor de un trono de cristales. El Rey tomó

asiento. El silencio era total. Con una fulgurante varilla, el Rey trazó serenamente una figura en el aire silencioso de la gruta.

Luego, el Rey elevó su voz, diciendo: «¡Queridos gnomos! Allá afuera, la tierra que nos cubre está en primavera. Todo crece y florece en camino al verano. Todos nosotros aunaremos nuestras fuerzas en apoyo de la Madre-Tierra, guiando desde abajo las fuerzas de crecimiento de las plantas, dentro de las raíces de los árboles. Para que nuestro trabajo tenga la bendición de un provechoso resultado, vosotros los hermanos debéis trabajar siempre en unión y amistad. Si hubiese alguna vez pequeñas rencillas, debéis hablarlas con los gnomos superiores. En el caso de asuntos más graves podéis dirigiros siempre a mí por un consejo. Y es así que os pregunto: ¿hay alguien que quiera presentar una queja? Que se presente. Tal vez alguien quiera deleitarnos con una historia alegre. También lo escucharemos. ¡La risa es salud!»

Ni bien el Rey hubiese finalizado, se escucharon tres vigorosos golpes de martillo. Era Proll que pedía la palabra. El Rey le hizo señas para que se aproximase al trono. Con cabeza enrojecida, subió a la piedra de las acusaciones, que se encontraba a los pies del trono. Proll comenzó:

«¡Veneradísimo Rey! Tengo que relatar algo espantoso, algo que sucedió en el día de hoy, arriba en el bosque. Desde que tengo memoria no ha sucedido nada igual. Apenas me atrevo a contarle frente a los oídos del Rey, —tan indigno es lo sucedido. Y mejor sería tal vez que callase, puesto que es una vergüenza para todo el pueblo de los gnomos. Y fui yo la víctima de ese atentado».

Proll se sonó la nariz, mientras que se comenzaron a escuchar voces: «¡Escuchad, escuchad! ¿De qué puede tratarse? Pero si aún está con vida...» Hasta el sorprendido Rey frunció su frente y abrió grandes sus ojos. Hubo un tenso silencio. Proll prosiguió:

«Escuchad, escuchad esto. Yo me encontraba descansando apaciblemente en el bosque, después de mis pesadas tareas realizadas durante el día. Amablemente, le había pedido a mi querido siervo Din, buscarme algunas frutillas para calmar mi sed. Estaba tan cansado de las agotadoras tareas del día, que me acosté en el bosque, donde me quedé dormido. De pronto desperté. Alguien me había arrojado un objeto duro

a la cara. A mi lado había un montoncito cubierto con fibras de madera. En la parte superior, aparecía una frutilla madura. Estaba muy rica. Tomé en mis manos el montoncito, para comer más frutillas, pensando que todo el montoncito estaba compuesto por frutillas, pero ¿qué era? Perdón Señor Rey, apenas me atrevo a revelarlo a vuestros oídos, de qué montoncito podrido se trataba. ¡Y pensar que entre nosotros existen tales malhechores, que colocan una frutilla sobre un montoncito podrido! ¡maloliente!»

Proll quedó atónito frente a la reacción que promovió su revelación. Todos los gnomos juntos estallaron en una estridente risa, que a modo de eco retumbaba en toda la gruta. Gorritas se veían, arrojadas al aire, y hasta la corona se movía de un lado a otro sobre la digna cabeza del Rey. La cabeza de Proll se puso más roja aún y gesticulaba con los puños en el aire. Bajó sus puños ante la risa que no se acababa más, puesto que cuando parecía que por fin se hacía el silencio, la risa estallaba nuevamente en algún rincón y contagiaba a todos los demás.

Por fin, el Rey levantó su varilla, ordenando el silencio. «Proll, como ves, nos has divertido de sobremanera con tu alegre relato. Hace mucho tiempo que ningún cuento provocaba tanta risa en una de nuestras reuniones. Lo has contado con tanta gracia, que parecía que hubiese sucedido realmente... Los gnomos necesitan esos momentos de risa, despiertan sus espíritus de vida. Y por el hecho de que nos has brindado tanta risa, te perdono. Vete y siéntate».

Proll puso una cara como si se hubiese tragado la luna. El Rey había sido tan cordial con él, como pocas veces. Por lo tanto, se olvidó de acusar a Puck. Hizo una profunda reverencia, tanto, que su mentón llegó a la barriga, y retornó a las filas. Donde pasaba, por doquier se lo saludaba con apretones de mano y Proll se sintió halagado.

A pesar de lo sucedido, Puck sintió mucha vergüenza. ¡Qué suerte que no había tenido que dar explicaciones!

Nuevamente, el Rey miró a los allí reunidos. Se escuchó entonces el golpeteo de dos martillitos. Todos guardaron silencio, pero no pudieron escuchar otra cosa que: «¡Mm-m-hm! ¡Mm-m-hm!» Dos gnomos treparon la piedra de las quejas. Por supuesto que eran Gries y Gram. Con los dedos

señalaron sus bocas cerradas por el pegamento y repetían incansablemente sus Mms. Nadie entendía qué querían decir.

El Rey se dirigió a un anciano gnomo con larga cabellera blanca: «Por favor, Medicus, fíjate lo que le pasa a estos dos». Medicus era un médico de gnomos. Con una piedra luminosa, Medicus les revisó la boca. Luego sacudió la cabeza anunciando: «Ambos tienen cerramiento de boca. Aparentemente, una enfermedad absolutamente nueva. Ojalá que no sea contagiosa. Lo mejor será, Señor Rey, llevar a ambos a una pequeña gruta apartada de los demás, para su observación, hasta ver cómo evoluciona la enfermedad».

El Rey meneó su cabeza afirmativamente. Por más que Gries y Gram protestasen con miles de Mm-Mm, un guardián se los llevó. Medicus, empero, exclamó con alta voz: «¿Existe alguien entre vosotros que tiene el mismo síntoma de cerramiento bucal? ¡Que se presente de inmediato aquí, frente a mí!» Apenas que lo hubiese proclamado, más que mil bocas fueron controladas por sus dueños para ver si en alguna se notase algo de pegamento. Pero nadie tenía la enfermedad del pegamento. Puck se sintió más incómodo aún.

La Última Queja y la Confesión

Cuando ya el Rey quiso dar por terminada la reunión, se escucharon nuevos golpes de martillo. Tres gnomos —uno de ellos con un chichón en la cabeza— se adelantaron presurosos para subir a la piedra de los lamentos. El primero de ellos comenzó diciendo: «Nosotros tres hoy estuvimos en el arroyo para mirar los pececitos. Hubo entonces un hermano que desde lo oculto nos arrojó piedras. Una piedra grande golpeó en la cabeza de nuestro querido Napp, mirad Señor Rey, su cabeza».

El Rey fijó su mirada en el chichón y frunció su ceño. Napp exclamó: «Por suerte sabemos quien ha arrojado esas piedras: ¡ha sido Puck, el que tiene el pie torcido». Puck palideció y respiró con dificultad. Desde adelante se escuchó la voz del Rey: «Que Puck aparezca en la piedra de las quejas».

Un murmullo de descontento y protesta se hizo escuchar en la gruta, mientras Puck se encaminaba hacia la piedra. Un siervo del Rey le extendió la copa de la verdad, de la cual cada acusado debía tomar un sorbo, para que luego diga la verdad. Puck, en cambio, dijo: «Este sorbo no me hace falta, pienso decir la verdad de todos modos». Una vez que hubo silencio, comenzó diciendo:

«Señor Rey, lamento causaros pena. Es verdad, he lastimado al pobre Napp, pero no lo hice intencionalmente. Cuando los tres hermanos estaban sentados a orillas del arroyo, quería darles un salpiconcito y es así que frente a ellos arrojé una piedrita al agua. Se pusieron contentos, creyendo que se trataba de una trucha. Quise entonces hacerles aparecer una trucha aún mayor. Lamentablemente, erré el tiro, y para mi propio sobresalto, tocó al pobre Napp. Lamento mucho que tuvo que sufrir dolor y le ruego que me perdone. Con mucho gusto haré algo para mostrarle mi arrepentimiento. ¡Podría regalarle un bello cristal!»

Entre los gnomos se escuchó un murmullo de aprobación. Otros, empero, se opusieron: «¡Las piedras no están para ser arrojadas! ¡Las piedras no deben ser arrojadas!» El Rey dijo: «El médico te colocará una

buen pomada. Si estás de acuerdo, te propongo que le des la mano a Puck para sellar así la reconciliación».

Y así sucedió. El médico abrió su gran bolso, luego se apartó un poco con Napp para aliviar su dolor con la piedra luminosa. Puck, sin embargo, comenzó a hablar nuevamente: «Señor Rey, tengo que confesar otra travesura. Fui yo quien le pegue la boca a Gries y a Gram».

Una gran inquietud se notó entre los gnomos. Todos se preguntaron: «¿Qué ha sucedido con Puck? ¿Cómo es posible esto? ¡Si siempre fue más bien tímido!»

Puck contó entonces que muchas veces, muchos gnomos se habían burlado de su piecito torcido. Gries y Gram lo habían hecho de un modo especialmente doloroso, diciéndole «el gnomo más feo». Y entonces él también había querido reírse alguna vez de ellos, razón por la cual les había colocado el pegamento mientras dormían. Médicus se aproximó a Puck y preguntó: «Pero ¿qué pegamento usaste?» Puck respondió: «Ha sido la baba del caracol, que secó rápidamente con el efecto del sol. Y en tres días se despega por sí misma. Así me lo informó el caracol». «Es una buena receta», dijo Médicos al Rey. «Lo tendré en cuenta. Cuando de aquí en adelante alguien miente o habla lo que no debe, le pegaremos la boca por tres días con baba del caracol. Una buena receta, realmente».

El Rey había escuchado la confesión de Puck con gran asombro. Ahora se levantó y se paró frente a los allí reunidos, diciendo: «Todos ustedes habéis escuchado las dos confesiones de Puck. ¿Qué decidís, castigo para Puck, o ningún castigo?» Y como todos lo apreciaban, resonó de muchas voces el «Ningún castigo para Puck». Pero al fondo se escuchó una voz grave y profunda: «Castigo para Puck».

Cuando se hizo nuevamente el silencio, y el Rey estaba a punto de darle a Puck la orden de retirarse, éste elevó su voz por tercera vez. Din pensó: «Si tan sólo se callase». Pero Puck quería que se supiera todo. Y dijo: «Señor Rey, el asunto de Proll y las frutillas no fue un mero chiste. Lo que él ha contado, sucedió de verdad. Yo le hice esta travesura a Proll. Estuve sentado en el bosque, en un escondite, en momentos en que Proll se acercaba con el pobre Din, gritándole, maltratándolo y maldiciendo, dándole sobrenombres muy feos, que no puedo repetir aquí en presencia

del Rey. Din fue en busca de las frutillas mientras Proll dormía y se las colocó a su lado y se apartó. Como Proll roncaba con tanta fuerza, salió de mi escondite y me comí todas las frutillas, menos una. Y como por allí había justamente un hongo putrefacto, lo admito, yo fui quien cometió el pecado del «montoncito».

Se escuchó de inmediato un cuchicheo y risitas a lo largo y lo ancho de la sala. «¡Libertad para Puck!», exclamaron algunas voces, y el Rey asintió, pensativo, con un movimiento de su cabeza. Sólo en un lugar muy al fondo se escuchó nuevamente la voz gruesa: «Castigo para Puck». El Rey levantó su varillita brillante por encima de la cabeza de Puck, lo cual significaba la confirmación de «sobreseimiento para Puck».

Luego, el Rey se dirigió a los allí reunidos: «Queridos hermanos; os ruego que regreséis a vuestras tareas. Servid a la tierra, labrad al suelo, ayudad a las plantas en su crecimiento, eso hará que un sonido bello y armonioso recorra la tierra, llegando hasta lo profundo, donde se encuentran los metales».

Al Rey le había agradado la valentía de Puck, cuando habló con toda franqueza acerca de sus penas y su culpa, y consideró: «Tengo que darle un aliciente». Pidió que un siervo le alcanzase una piedra luminosa, le hizo señas a Puck a que se aproximase y le dijo: «Puck, hoy has salido airoso de la prueba de la valentía. Te regalo esta piedra. Te amparará de muchas cosas y te iluminará».

La bondad del Rey conmovió a Puck. Le dio las gracias, mientras una lágrima de alegría corrió por su mejilla. Luego salió en busca de Din. Con esta piedra podían llegar a todas partes debajo de la tierra, dado que la luz de la piedra los rodeaba de luminosidad. Tuvo que pasar cerca de Proll, que aún hervía de la ira. Sus ojos rodaron, ya a la izquierda, ya a la derecha. Al ver a Puck, masculló: «No dudes que te pasaré la cuenta por haberme puesto en ridículo frente al Rey y todos los compañeros. A Din te lo puedes llevar. He encontrado gente mejor. Voy a vengarme ¡Vengarme!» Con eso, Proll señaló a tres sujetos, que Puck había tratado de evitar siempre. Y con una mirada envidiosa sobre la piedra luminosa de Puck, reiteró: «¡Voy a vengarme, vengarme!»

Y diciendo esas palabras, acercó sus puños tanto a la nariz de Puck, que éste temió que pudiera rompérsela. Por lo tanto, Puck dio un rápido

salto al costado y se alejó del lugar. Le contó a Din cómo Proll lo había amenazado. Entonces Din lo abrazó, suplicándole: «¡Puck, por favor, puedo ser tu siervo, tu ayudante! Estando cerca de ti, ya no le tengo tanto miedo a Proll». Cuando Puck le contó que había visto los tres nuevos siervos de Proll, Din le dijo: «Los conozco. Son astutos y malos. Tenemos que cuidarnos de ellos. Entre los tres tienen un nombre solo. Se llaman Krachzer».

Puck dijo: «Escucha, Din, no quiero que seas mi siervo, sino mi buen compañero. No sabría qué ordenarte si fueras mi siervo. Pero ven, salgamos de aquí. Vayamos muy lejos del lugar donde se encuentra Proll. Vayamos a las profundidades de la tierra. Mi piedra luminosa será también la tuya. Desde que el Rey me la ha regalado, mi valentía ha crecido».

Din contestó: «Conozco muy bien los caminos en el seno de la tierra. Durante mucho tiempo pude ser acompañante de un sabio de las piedras. Llevemos nuestros martillitos. Allí en las profundidades está el oro y están las piedras preciosas. ¿Quieres que todo lo bello que encontremos allá abajo lo regalemos a nuestro querido Rey, que hoy fue tan generoso contigo?» «Sí, así lo haremos», contestó Puck.

Después que el Rey y sus acompañantes abandonaran la sala, se disolvió el encuentro de los gnomos. Todos ellos se encaminaron a través de pasillos y hendiduras para reiniciar las tareas, tal cual se los ordenara el Rey. Menos Proll y sus tres acompañantes, que se ocultaron detrás de unas rocas, tramando proyectos de venganza.

En las Profundidades de la Tierra

Al entrar Puck y Din a una hendidura que llevaba a la profundidad de la tierra, no se dieron cuenta que sigilosamente, a modo de arañas, los estaban siguiendo los Krachzer. Proll les había ordenado no perder de vista a Puck y a Din: «Perseguidlos y observadlos constantemente. Y si podéis hacerles algún daño, aprovechad la oportunidad. Si queréis avisarme algo, el más veloz de ustedes vendrá a darme la noticia. Tal vez podéis quitarle la piedra luminosa. Los Krachzer menearon su cabeza afirmativamente, sonrieron burlones, para luego seguir los pasos de Puck.

Sin sospechar nada malo, Puck y Din fueron descendiendo cada vez más a las profundidades de las rocas. La piedra luminosa les mostraba el camino. De cuando en cuando se detenían y golpeaban la roca con su martillito, pero el sonido era muy apagado aún. «Es roca calcárea», dijo Din, «a nosotros no nos sirve mucho. No contiene ni cristales ni metales. Pero fíjate aquí, esta hermosa valva petrificada, procedente de remotas épocas pasadas. Por entonces todo aquí ha sido un gran mar».

Puck se asombró escuchando las palabras de Din: ¡cuánto sabía! Luego le preguntó: «¿cómo es que sabes todo esto?» Y Din le dijo: «Antes de estar con Proll, tuve un gran maestro. Durante largo tiempo estuve al servicio del sabio maestro de las rocas, Grano, quien ya había recorrido todas las sendas a través de las rocas y capas de la tierra. Su martillo se había gastado casi por completo. Y fue Grano que me ha enseñado muchas cosas de aquellas que existen aquí abajo».

Puck no pudo comprender el por qué Din se había separado de ese maestro. «Pero ¿por qué te alejaste de Grano para ir con ese tonto y bruto Proll?» Din le contestó: «A menudo en la vida las cosas no se dan como uno quisiera. El sabio de las rocas es servidor del Rey ahora. Es uno de los doce portadores de la luz. Y entonces cuando estuve allí, solo y abandonado, pasó Proll por ese lugar y me tomó de la nuca, diciendo: «De ahora en más serás siervo mío. El que tuve anteriormente se ha escapado. ¡Tú no harás lo mismo!» Y ahora, Puck, estoy contento de haberte encontrado. Si nos

mantenemos unidos, nada malo podrá hacernos Prohl. Y ahora ya estamos muy lejos de él». «Sí», dijo Puck, «descenderemos más aún».

Mientras seguían bajando, de cuando en cuando daban golpecitos contra las paredes rocosas. De pronto dijo Din: «Escucha, Puck, aquí el sonido es diferente. Ahora tenemos que comenzar a trabajar con nuestros martillos. Suena como si estuviéramos junto a una veta de oro. ¿Lo estás escuchando?» El oído de Puck no era tan fino como el de Din. Pero también a Puck le parecía que el sonido había cambiado.

Y Din siguió hablando: «El oro es luz del sol, que se encuentra aquí fundida y en prisión. Aquí en la oscuridad se ha endurecido. Si lo liberamos, nuestro Rey se pondrá contento. Como puedes escuchar, el sonido es breve: tak, tak, tak. Cuando hay oro, hay una pequeña resonancia».

Mientras que ambos golpeaban con sus martillos y se disponían a escuchar, de pronto se sintió algo así como si alguien se resbalase. (De hecho, uno de los Krachzer se había resbalado.) Puck preguntó: «¡Hola! ¿Hay alguien allí?» No hubo respuesta. Din dijo: «Tal vez allá, más arriba, se soltó una piedra en el lugar donde estuvimos golpeando».

Bajaron aún más, a capas más profundas, examinando siempre las rocas con sus martillitos. De pronto exclamó Din: «suena a oro». Al golpear, se escuchó primero tak y luego un suave timm, ¡tak-timm, tak-timm! Después de que Din encontrara exactamente el lugar donde con mayor claridad se escuchaba el timm, le dijo a Puck: «ahora podemos golpear con toda confianza y fuerza, hasta que toquemos la veta de oro».

A continuación se escuchó un ¡tak-tak, tik-tik, tuk-tuk, timm! ¡tak-tak, tik-tik, tuk-tuk-timm! mientras que volaban las astillas de las rocas. La piedra luminosa prestó sus excelentes servicios. De pronto, Din estalló en júbilo: «¡Veo un brillo dorado! ¡Ten cuidado! No golpees el oro, con mucha delicadeza, bordeando al oro». Puck tomó la piedra luminosa, diciendo: «yo te alumbro un poco y de paso veo cómo lo haces. ¡Eres extraordinario, Din!»

Y fue así como bajo la delicada tarea que realizaba Din, fue apareciendo una veta de oro, que hacia atrás se fue ensanchando más y más, a semejanza de una cinta ondulada. Al cabo de un rato, Din se detuvo agotado, diciendo: «Puck, tienes que tomar mi lugar. Mi brazo ha quedado sin fuerza. Ya viste

cómo lo hago. Ahora te alumbro yo. Tienes que dar el golpe siempre debajo del oro, o por encima de él, así la piedra sale en forma de astillas. No debes nunca golpear directamente sobre el oro».

Puck comenzó el trabajo. Primero con mucha cautela, luego, con una confianza cada vez mayor. Luego, suavemente posó su mano sobre la cinta de oro que, liberada de la roca, se hallaba frente a ellos. Cuando levantó nuevamente su mano con el martillo y dio el próximo golpe, éste dio sobre el pulgar de la mano izquierda posada sobre el oro. Puck dio un grito tal, que Din, sobresaltado, dejó caer la piedra luminosa. Fue entonces que Din escuchó claramente una risotada en las alturas. ¿Quién estaba allí?

Su preocupación de ese momento era, sin embargo, la piedra luminosa. Por suerte, no se había roto. Recuperada la piedra, pudieron ver a su luz que el pulgar de Puck se había aplastado un poco, sin tratarse de una lesión más seria. Din le preguntó: «¿Te duele, Puck?» Este apretó los labios, sacudiendo la cabeza. «¿Has escuchado esa risa tan extraña y desagradable?» Puck le contestó: «¿Cómo puedo escuchar algo, si el fuego pasa por mi pulgar? Tal vez se haya tratado del eco de mi grito».

Pero Din insistió que había escuchado una risa parecida al balido de la cabra. Pronto tomó de nuevo el martillo mientras Puck le alumbraba, tomando la piedra con la mano derecha no lesionada. Y fue entonces que, ¡oh cosa rara!, el dolor desapareció rápidamente. «¡Ah!» dijo Puck, «no es tan sólo una piedra luminosa, sino también una piedra sanadora». Al cabo de algún tiempo de martilleo, dijo Din: «Mira, Puck, la cinta de oro está poniéndose cada vez más delgada». Cuando ya colgaba solamente de un hilo delgado, dijo: «Mira, tiene aspecto de una corona más ancha en el centro. Una hermosa corona de oro. Estaba aprisionada aquí dentro de la roca y ahora la hemos liberado. Ahora tenemos que descansar un poco o dormir un rato. Los dos estamos muy cansados de tanto golpear. Un brazo cansado no cumple bien su tarea. No quisiera dañar el último tramo de la corona. Una vez descansados, terminaremos la tarea cuidadosamente. «¿Cómo está tu pulgar?» «Gracias, Din. La piedra luminosa me ha ayudado. Casi no siento dolor alguno, pero estoy tan cansado como tú. Durmamos un poco». Se acostaron en un recoveco, y para que la luz de la piedra no los molestase, Puck la guardó en su bolsillo. Y eso fue una suerte.

Apenas se escuchó un leve ronquido, se aproximó la luz de una pequeña chispa: zick-zack. Se escuchó el rasguño en la piedra, un rasguño en el oro. Finalmente uno de los Krachzer tomó la cinta dorada en su puño, la retorció, hasta arrancarla. Luego, sigilosamente como habían venido, desaparecieron rápidamente con su botín, para entregar el oro a su amo. Uno dijo en el camino, con voz de graznido: «¡Proll nos va a elogiar! Nos dará una golosina. ¡Rápido! Vayamos donde Proll».

Puck y Din siguieron durmiendo pacíficamente por mucho tiempo más. Puck tuvo un hermoso sueño. Soñó que los dos, él y Din, le entregaban la cinta dorada al Rey. ¡Cuánta alegría sentía el Rey! Y le decía: «Coloca tu piecito torcido aquí sobre mi trono». Luego el Rey acariciaba su piecito, y de pronto se sentía un sacudón, el piecito giraba y estaba orientado en la misma dirección del otro, hacia delante.

Sin embargo, el sacudón se lo había dado Din, que dándose vuelta, dormido, le dio un golpe en el pie, sin darse cuenta. Puck miró a su alrededor. Todo estaba oscuro. Sacó la piedra luminosa de su bolsillo y alumbró a Din que estaba profundamente dormido. Puck pensó: «Voy a contemplar nuestro oro». Al llegar al lugar, no pudo dar crédito a sus ojos. El oro había desaparecido. Colocó la piedra sobre el suelo, se fregó los ojos, e iluminó nuevamente el lugar. Sólo había un pedacito de oro, que sobresalía de la roca. Nada más. Buscó en el suelo. Nada había allí. Sobresaltado, despertó a Din, exclamando: «¿Dónde fue a parar nuestro oro?»

Soñoliento, Din le respondió: «¿Por qué gritas así? ¿Te duele nuevamente el pulgar?» Puck lo sacudió, exclamando nuevamente: «¿Dónde está nuestro oro?» «¿Dónde está qué? Estás soñando, Puck. El oro está en la roca. Ahora me siento descansado, y podemos seguir martillando. Pronto habremos terminado». Puck pensó: «Tal vez Din tenga razón, y yo estuve soñando ¿o estuve un poco ciego?» Ambos se aproximaron al lugar de trabajo con la piedra luminosa. A Din se le escapó un grito: «¿Dónde está el oro?» Ambos buscaron vertiginosamente en los alrededores, hasta dentro de las hendiduras más inverosímiles. No pudieron encontrar el oro.

De pronto Din comenzó a llorar. A Puck le faltó el aire. Luego exclamó: «Lo robaron los Krachzer. ¿No hemos escuchado un ruido, no has escuchado una risa?»

Din movió su cabeza afirmativamente, luego dijo: «Puck, así y todo, seguiremos trabajando. ¡Quien sabe!, a lo mejor el hilo de oro se ensancha nuevamente». Puck estuvo de acuerdo, pero al poco tiempo de martillar, la puntita de oro cayó al suelo. Puck la levantó y dijo con rabia: «A esa colita de ratón la tiro a la hendidura más profunda». Din tomó su brazo para impedirlo, mientras dijo: «Oro es oro, por favor, dámelo, yo lo guardo en mi bolsillo». Puck obedeció, luego martilló en los alrededores de la roca, con la esperanza de escuchar nuevos sonidos de oro. Pero se escuchó solamente el seco tak-tak. Y no hubo ninguna resonancia de oro.

Entonces, Puck dijo: «Ven, nos sentaremos en un recoveco para pensar lo que hacemos ahora». Apoyaron sus cabezas en las manos y frunció los ceños. Al cabo de un rato, Puck preguntó: «Din ¿se te ocurrió algo?» «No, sólo sé que nosotros dos nada podemos contra Proll». Puck hizo una propuesta: «Podríamos ir a ver a Proll e indagarlo, entonces descubriremos si tiene el oro». Din respondió: «Prefiero no verlo más, a lo sumo se burlará de nosotros». Puck insistió: «Entonces iré solo. Yo no le temo».

Ni bien habían terminado la conversación, escucharon un ruido, parecía que a lo lejos algo se deslizaba. Y como en el reino de los gnomos es costumbre responder al llamado de «Hali» con «Halu», Puck exclamó con fuerza su «Haliii», pero ningún «Halu» resonó. Puck tomó firmemente su martillo y dijo: «Si es uno de los Krachzer que anda dando vueltas, no podré contenerme y le daré un golpe». Pero no había nadie a la vista.

El Oro Robado

Mientras tanto, los ladrones de oro habían llegado junto a Proll. Le mostraron la cinta dorada, mientras los tres juntos hablaban en su graznido: «Se lo hemos quitado a Puck y a Din. Estaban durmiendo, y a su lado colgaba ese oro de la pared. Como dormían, pudimos quitárselo, quebrándolo de la pared. La chispa de nuestra lámpara nos ha prestado buenos servicios. Los dormilones seguramente siguen roncando en la profundidad de la montaña. Proll elogió a sus tres servidores y le entregó a cada uno una golosina preparada con bosta de liebre, que les gustaba sobremanera. Acarició la cinta dorada, para guardarla luego en su amplio bolso. Luego dijo: «Id, mis queridos Krachzeritos, id sigilosamente al lugar donde se encuentran Puck y Din, para observar cuidadosamente lo que hacen. Al que logre quitarle la piedra luminosa a Puck le daré otras tres golosinas más».

Un Krachzer opinó: «Proll, nos encomiendas tareas fantásticas. Sin ti la vida sería aburrida. ¿Nos permitirás utilizar alguna vez la piedra luminosa de Puck? ¡Nuestros farolitos tienen esa chispa tan precaria!»

Proll respondió: «Primero es necesario quitársela a Puck. Luego les permitiré jugar tres días con la piedra luminosa». Los Krachzer se echaron a reír su «Hi-hi-hi» y se alejaron, tomados de las manos, para estar siempre juntos. Buscaron a Puck y Din, preguntaron a otros gnomos si los habían visto. Pero no los encontraron.

Proll tenía un recoveco oculto en el cual guardaba sus tesoros: había allí pedacitos de mica, brillo de plata, granitos de oro y algunos pequeños cristales. Ni los Krachzer tenían conocimiento de ese escondite. Ahora se acercó al escondite para ocultar allí la cinta de oro. Alejó la piedra de cierre y miró a su lado, sigilosamente. No quería que nadie lo viera. Mientras se disponía a guardar el oro, se le ocurrió que tal vez sería bueno regalárselo al Rey. Esto mejoraría su situación frente al Rey y sus siervos más cercanos. Luego de pensarlo un poco decidió dárselo al Rey. Tal vez recibiría entonces el cargo de guardián y podría dar

órdenes a los demás gnomos. ¡Y hasta era posible que le entregase una piedra luminosa!

¡Dicho y hecho! Proll se dirigió de inmediato al palacio del Rey. Junto al portal de cristal, tocó la campana de plata. Dos guardianes aparecieron, preguntándole a Proll por su deseo. Este dijo: «Tengo que entregarle al Rey un regalo de oro muy valioso. Lo he descubierto en las rocas azules y lo he desprendido cuidadosamente con mi martillo. ¡Anunciadme al Rey!»

La palabra «oro» tuvo su efecto. Los dos servidores hicieron un ademán afirmativo con sus cabezas, desapareciendo en el interior del palacio construido en las rocas. Retornaron a la brevedad, acompañando a Proll en su camino al interior. Proll se sintió muy importante: llevaba la cabeza erguida y su puño aferrado al oro en su bolsillo.

El Rey lo recibió con las siguientes palabras: «Me han dicho que has encontrado algo muy bello, Proll. Muéstramelo». Proll sacó la cinta de oro. Un servidor la llevó junto al trono y la colocó en manos del Rey.

Proll dijo: «Señor Rey, como podéis ver, es una hermosísima cinta de oro, tan bella, que sólo el Rey puede usarla. Por favor, recibidla como obsequio de vuestro fiel servidor, Proll».

El Rey miró atentamente la cinta dorada en sus manos y dijo: «El oro ha sido extraído con gran delicadeza de la roca. Ningún golpe de martillo hizo siquiera un rasguño al oro. Te agradezco, Proll, por ese hermoso regalo: noble oro del sol contenido en la tierra». Proll se sintió halagado y dijo con presunción: «Como sabréis, Señor Rey, soy un gran experto en las tareas con el martillo. Si Proll hace algo, lo hace *de primera*».

El Rey miró detenidamente la punta de la cinta de oro. Le pidió a un servidor que le trajera una lupa de cristal. Al mirar la cinta con esa lupa, vio que faltaba la punta final, que había sido quebrada. Pero nada le dijo a Proll al respecto. Consideró que finalmente había perdido la paciencia frente a ese trabajo meticuloso, pero no dejaba de ser un asunto extraño.

Proll pensaba que el Rey lo nombraría nuevamente guardián del castillo, o que le regalaría una piedra luminosa. Pero nada de eso sucedió. El Rey hizo un ademán benévolo, mientras decía: «Proll, tendré en cuenta tu gesto y a su debido tiempo lo retribuiré. Te doy las gracias por el oro y por tu trabajo meticuloso».

Con estas palabras, Proll fue despedido y los dos guardianes lo acompañaron a la puerta. Afuera, cerca del castillo, se sentó sobre una piedra y pensó: «El Rey tiene algo en mi contra. Ni el oro pudo devolverme su favor y borrar la desconfianza. Toda la culpa la tiene Puck. Tengo que ahuyentarlo de aquí, si es posible, hasta los témpanos allá en el lejano norte».

Proll se levantó de la piedra y con mirada enojada se encaminó a la pequeña cueva, en la que vivía junto con los Krachzer.

La Segunda Mentira de Proll

Cuando al bajar, Puck y Din llegaron a la gran caverna desde la cual salen los senderos y caminos en todas las direcciones, Puck dijo: «Din, espérame aquí. Mira ese recoveco, allí puedes esperarme. Quiero ir en busca de Proll para enterarme si sabe algo de nuestro oro, me dará cuenta si me dice la verdad. Te dejo la piedra luminosa, colócala debajo de tu gorra, pues de otro modo los Krachzer podrían descubrirte y quitártela. Llevo mi martillito». Din meneó afirmativamente la cabeza y se cobijó más profundamente dentro del recoveco, para aguardar allí el retorno de Puck.

Cuando Puck llegó a la cueva de Proll, lo encontró acostado sobre un banco de piedra. A Puck le pareció que tenía cara de enojado. Puck le dijo: «Proll ¿dónde están tus Krachzer?» Este contestó: «¡Ah, eres tú, Puck! Mis Krachzer se fueron hoy muy temprano y no volví a verlos. Me parece que han subido a la superficie de la tierra, les gusta regar las florcitas. ¿Por qué me preguntas por ellos? ¿Quieres que les mande un saludo de parte tuya?»

Por la manera de hablar, Puck se dio cuenta de inmediato que Proll estaba mintiendo. Puck insistió: ¿Será que regresan pronto? Que yo sepa, nunca se ausentan por largo tiempo».

En lugar de contestarle, Proll le preguntó de pronto: «Puck ¿me podrías prestar tu piedra luminosa por un corto tiempo? Tiene tanta luz y me servirá para poder encontrar algo que extravié en mi cueva. Con tu piedra seguramente lo encontraré. Entretanto seguramente regresarán también los Krachzer». Puck contestó: «No tengo aquí la piedra luminosa». «Pero, Puck, una piedra luminosa se lleva siempre consigo ¡fíjate en tu bolsillo!» «¡No, no la tengo!» De repente, el fuerte Proll agarró a Puck desde atrás y con su mano revisó el bolsillo de Puck. «¡Suéltame! ¡Suéltame!» gritó Puck. La ira le dio mucha fuerza. Cuando Proll vio que la piedra no estaba en el bolsillo, lo soltó.



En el Imperio de los Herreros del Fuego

Din y Puck vieron con asombro que la hendidura en la roca se ensanchaba en dirección a la profundidad, para estrecharse luego nuevamente y dividirse en numerosos caminos. A la luz de la piedra luminosa se encontraron de pronto dentro de una gruta llena de cristales amarillos. Din los conocía: «Son cristales de azufre, son combustibles. El fuego de la tierra de otras épocas los ha depositado aquí». Puck desprendió un cristal de azufre con su martillo y lo guardó en su bolsillo.

En otro lugar, la roca tomó un color negro-rojizo. Al golpeteo, respondió un eco corto y duro. Din dijo: «Aquí pasa una veta de hierro. El sabio de las piedras me explicó que toda la tierra ha sido alguna vez un mundo de fuego. Los espíritus del cielo, que eran servidores del Dios Creador, trajeron fuego líquido de otras estrellas a la tierra. De esto se formó el hierro y también otros metales. Ahora, empero, se ha enfriado y los hombres lo emplean para sus trabajos en la tierra. Sólo en lo más profundo de la tierra sigue ardiendo el fuego de la creación». Puck quedó asombrado al escuchar las cosas maravillosas que sabía Din. Pensó: «¡Cuánto me gustaría ser servidor de un sabio de las piedras!»

Cuando Puck volvió a iluminar dentro de una pequeña gruta, de pronto se escuchó una exclamación jubilosa de Din: «¡Mira! Allá fulgura una piedra preciosa. ¡Seguramente es un diamante!» Puck tuvo que buscar con la mirada hasta descubrir una diminuta piedra brillante. Pero Din siguió hablando: «Está oculto dentro de una piedra. Tenemos que liberarlo mediante nuestro martillo. ¡Es una tarea muy dificultosa! Un golpe equivocado, y se quiebra. Estoy curioso por descubrir su tamaño». Puck estaba indeciso, diciendo: «Es mejor que tú martilles y yo te alumbré. Tu martillo es más delicado que el mío». Con mucha cautela, Din emprendió la tarea. Comenzó labrando un hoyo circular alrededor de la piedra, del ancho de dos dedos. Cuando su mano se cansaba, hacía una pequeña pausa. Al comenzar a caer las primeras astillas Din exclamó: «¡Es mayor de lo que he imaginado! ¡Mira, es casi del tamaño

de una avellana!» Din estaba excitado, ya no martillaba, sólo raspaba con su martillito. De pronto, el diamante cayó y rodó por el suelo. Puck lo levantó. Sólo un poco de polvillo lo empañaba. Estaba intacto y exhaló un radiante fulgor. Puck consultó: «Dime, Din ¿el sabio de las piedras te contó por qué existen las piedras preciosas y de dónde proceden?» «Por cierto, lo he preguntado alguna vez. Me contestó que tenía que contármelo en forma de un cuento, puesto que de otro modo no podría comprenderlo». «Te ruego, Din, que me cuentes esa historia. Toma en tus manos esa piedra preciosa, así la luz de mi piedra luminosa se refleja en ella mientras estás contando».

Ambos tomaron asiento, luego Din comenzó diciendo: «Alguna vez, en otra época del mundo, nuestra madre tierra ha sido una luminosa esfera estelar. Pero tuvo que entregar más y más de su luz, hasta que se quedó sin su fuego solar. La madre tierra tuvo que enfriarse y endurecerse, para que sobre ella pudieran crecer montañas, plantas, animales y hombres. De esta manera, los grandes ángeles de la creación, procedentes del mundo superior de los cielos, han intervenido en la construcción de los reinos de la tierra. Algunos de ellos tenían coronas luminosas y de la luz creadora de esas coronas formaron las plantas y las flores. Cuando la madre tierra se volvió cada vez más dura, rígida y oscura, eso le significó un dolor, una pena. Los ángeles creadores entonces dejaron caer dentro de la tierra gotas fulgurantes para que en su interior hubiese algo que la trans-iluminara y que la consolara. De esas gotas se hicieron las piedras preciosas. Y es por ello que los reyes de la tierra y también nuestro Rey de los Gnomos, llevan las piedras preciosas en sus coronas».

Din calló y ambos permanecieron contemplando el fulgor de la piedra preciosa. Luego dijo Puck: «Din, tú lo has liberado de la piedra. Es tuyo. Guárdalo en tu bolso». Pero Din respondió: «Ya que no hemos podido regalarle la cinta de oro a nuestro Rey, le daremos esta piedra preciosa. Hasta ese momento la guardaremos en mi bolso. Ahora, bajaremos aún más a las profundidades de la tierra». En ese camino descendente, de cuando en cuando se detuvieron para indagar la roca con los golpes de sus martillos. De pronto, se escuchó un sonido grave, sordo. El martillito aboyaba el metal blando. «Esto es plomo», dijo Din. «Es más blando que

piedra alguna. Mi sabio maestro decía: El plomo es viejísimo, más antiguo aún que el hierro. Lo han traído los espíritus estelares de Saturno». Llevaron también un poco de plomo y lo guardaron en su bolso.

De pronto, los sonidos del martillo eran resonantes y duros. «¿Qué es eso?» preguntó Puck. Din lo sabía: «tu martillito golpea hierro sobre hierro. Fíjate, una gruesa veta de hierro pasa aquí por la roca. Aquí no podemos desprender nada, está todo fundido lo uno dentro de lo otro». Y Puck preguntó: «¿Tu sabio maestro te ha dicho también de qué estrella ha llegado el hierro?» «Sí», respondió Din, «existe una fogosa estrella del hierro, Marte. En aquellas épocas remotas los espíritus creadores han promovido que atravesase la tierra, que entonces era de fuego. De ese vertiginoso encuentro resultó que en la tierra quedara hierro candente-liquido. Ahora se ha enfriado y endurecido». Puck se asombró nuevamente por los conocimientos de Din. Pero ¿qué era esto? Llegados a una profundidad algo mayor, la luz de la piedra de Puck comenzó a reflejarse en un sinnúmero de pequeños cristales. Desde pequeñas cuevitas brilló y fulguró el reflejo de cristales que poblaban esas cuevas. Din explicó: «Mira, Puck, ahora estamos en la formación de rocas más antiguas de la tierra, por eso se la llama roca primitiva. En ella se encuentran muchos cristales de cuarzo, pequeños y mayores. ¿No es magnífico acaso este fulgor? Si golpeamos con suma delicadeza a esos cristales con nuestros martillitos, emitirán un sonido. Los cristales más cortos, un sonido alto, y los más largos, un sonido bajo».

Y diciendo esto, Din le demostró, con delicados golpes de su martillo, lo explicado a Puck. Parecía el sonido de un arpa, allá en la profundidad de la tierra. Puck lo probó, y también su martillito hizo surgir tonos cristalinos. Esa música tuvo la cualidad de toda música cristalina: da sueño. Un gran cansancio se apoderó de Puck y de Din, de modo que tuvieron que acostarse. Y mientras los últimos sonidos se iban perdiendo, los dos se durmieron profundamente. Tuvieron sueños maravillosos. Puck soñó que era semejante a una mariposa; emprendía vuelo hacia la luz del arcoiris para participar en la creación de una gran estrella; en las profundidades, sin embargo, había una nube oscura. Allí se encontraban Proll y los Krachzer haciéndoles muecas.

Puck despertó y despertó también a Din. No sabían cuánto tiempo habían estado durmiendo. Se despidieron de la gruta de los cristales, para descender aún más. El calor era cada vez más intenso. Puck dijo: «Si sigue aumentando esta temperatura, me voy a derretir, y como agüita voy a correr por la roca». Din se rió: «No creas, eso no es tan fácil. Nosotros los gnomos soportamos grandes temperaturas de la tierra. Por cierto que el gran fuego de la tierra nos quemaría también a nosotros. Lo soportan tan sólo los espíritus del fuego y los Kobold del fuego».

De pronto, escucharon unos ruidos extraños. «¿Serán los Krachzer?» dijo Puck. «No», dijo Din, «acercuémonos. Creo que sé de qué se trata».

La hendidura los condujo a un largo pasillo, que se tornó cada vez más amplio y alto. Se abrió una gruta; se podía ver el reflejo de llamaredas. El ruido se escuchaba ahora a modo de un constante golpetear de martillos. Din hizo señas a Puck de ocultarse detrás de una piedra y le dijo en un susurro: «Puck, hemos llegado a un lugar prohibido para nosotros. ¿Sabes que existe una herrería oculta, de la que provienen todos los martillos de los gnomos? En este momento nos hemos introducido a ese lugar secreto sin tener el permiso para hacerlo. Si avanzáramos, llegaríamos al lugar donde se forjan los martillos. Pero ¡ay de nosotros si nos descubren! Nos llevarían al fuego para asarnos. ¡Ven Puck, es mejor que regresemos!»

Pero Puck no quería volver. «Si se tiene la suerte de encontrar esta herrería secreta, es necesario mirarla un poco. Ven, Din. Somos maestros si de ocultarse se trata. ¡Yo voy adelante!» Din no quería abandonar a Puck y lo siguió, embargado de miedo y preocupación.

Apenas dieron la vuelta a una roca en forma de pilar, se hallaron frente a una extraña actividad. Había allí centenares de gnomos tiznados, que en sus cabezas llevaban pequeños yelmos, trabajaban con largas tenazas junto a pequeñas fogatas. Algunos trabajaban en yunques con sus martillos. De una hendidura brotaba el fuego proveniente desde el interior de la tierra. Gnomos tiznados mantenían en sus tenazas trozos de hierro sobre ese fuego, hasta su incandescencia, para luego llevarlos sobre el yunque y forjarlos. Las chispas volaban lejos. Terminada esa tarea, eran llevados a una pequeña gruta que contenía agua, donde eran sumergidos, produciéndose

un gran vapor. Dentro de las nubes de vapor, los Kobold del fuego daban vueltas de carnero.

Puck estaba fascinado: «Din, los gnomos del fuego son más grandes y más fuertes que nosotros y tienen manos enormes. Pero fíjate, allá va uno, volando; parece un murciélago, tiene alas. ¿Qué hace?» Din contestó: «Ya lo estuve observando un rato. Se dedica a limpiar el hollín de los cristales luminosos. Pero fíjate, allá detrás de la gruta con el agua están los orfebres que trabajan con el oro y la plata. Sus martillos son más pequeños, liman y dan formas».

Puck avanzó sigilosamente unos pasos para poder ver mejor. Pisó una piedra suelta, que cayó ruidosamente hacia abajo. De inmediato se aproximaron dos gnomos alados y sujetaron a Puck y a Din con sus alas, mientras emprendieron un feroz griterío. Golpearon con sus alas las cabezas de Puck y de Din, de modo tal, que se sintieron completamente mareados.

Alarmados por los gritos, se aproximaron corriendo algunos obreros con sus tenazas, para llevarlos junto a los hornos. Uno de ellos les dijo: «¡Quien obssserva nuesssstro trabajo, ess assado en el fuego! Sserá cubierto de hollín y tendrá que limpiar loss hornoss». Puck y Din pensaron: «aquí se terminó todo». De pronto, Din dijo algo en voz baja a Puck, pero con todo el ruido Puck no pudo escucharlo. «¿Qué querrá decirme?» pensó. De pronto lo supo: quiere que muestre la piedra luminosa.

Pero dos tenazas sostenían los brazos de Puck. Finalmente, llegaron junto al jefe de los tenaceros y le entregaron los prisioneros. Uno de ellos preguntó hoscamente: «¿En cuál de los hornos los cubriremos de tizne a esos dos?»

En ese momento quedó libre uno de los brazos de Puck; pudo sacar su piedra luminosa del bolsillo para mostrarla al Maestro de los Hollines. Este quedó asombrado: «¡Ohá! ¡Ohá! Una real piedra luminosa. Se trata de un servidor del Rey. ¡No lo cubriremos de hollín!» Luego señaló a Din, diciendo: «Este no tiene piedra luminosa. ¡Será hollinado! ¡Será un pequeño limpiador de los hornos!»

Al instante, Puck le gritó a Din: «¡Rápido! ¡Muéstrales tu diamante!» Din lo sacó del bolsillo. Puck aproximó su piedra luminosa, de modo tal,

que el diamante fulguró maravillosamente. Asombrado, el Maestro de los Hollines exclamó: ¡Oha! ¡Oha! Este también tiene piedra luminosa. También es un buen servidor del Rey. Los dos quedan en libertad.

Los obreros con tenazas dieron un paso atrás y Puck y Din se abrazaron y danzaron embargados por la alegría de la liberación. Puck propuso: «De ahora en más, llevemos la piedra luminosa bien a la vista para que no vuelvan a apresarnos con las tenazas». Y fue así que pudieron transitar sin inconveniente en la gruta de los herreros y hasta comenzaron a saludarlos. Ambos se encaminaron en dirección a la orfebrería.

Al verlos, el maestro orfebre se acercó para preguntarles: «¿Qué están haciendo aquí dos gnomos de las rocas?» Al observar el diamante de Din, se asombró, lo tomó en sus manos y lo examinó atentamente. Preguntó luego: «¿Es el Rey quien os envía con este hermoso diamante? ¿Acaso quiere que forje un anillo con esta magnífica piedra?»

Din consultó a Puck con la mirada. Éste movió afirmativamente la cabeza. «Sí», dijo Din, «esta piedra es para el anillo del Rey. ¿Podemos aguardar aquí y mirar cómo se hace?» El maestro orfebre dijo: «Va a demorar un rato, pero ya comenzamos. ¡Qué bello diamante!»

Puck y Din vieron cómo se llenaba una horma de anillo con oro líquido. Luego pasaron a limar, a martillar, a alisar. Finalmente se colocó el diamante para ser engarzado.

Una vez finalizada esa bella obra, Din casi no se atrevió a recibir el anillo, pero el maestro le dijo: «Bueno, llevadlo con un respetuoso saludo al Rey, un saludo del orfebre Kakafuru. ¡Y cuidado con perderlo!» «Muchas gracias, Kakafuru. Le daremos tu saludo al Rey y cuidaremos este tesoro».

Con esto, para Puck y Din había terminado la aventura en la gruta del fuego. ¡Ojalá que en su camino de retorno no se encontrasen con Proll y los Krachzer! Una vez que habían dejado atrás la gruta, por vez primera Puck escuchó el alegre canto de Din. Y Puck sumó su voz. Cantaron del hierro y del oro, de los cristales y los diamantes, del fuego de la tierra y de las tenazas y martillos, del hollín y de los hornos, de Kakafuru con su yelmo dorado. Y se olvidaron por completo de la existencia de Proll y los Krachzer.

Junto al Rey de los Gnomos

Durante todo ese tiempo, los Krachzer habían estado buscando a Puck y a Din en todos los lugares. Pero en vano. Proll estaba furioso y comenzó a preguntar a todos los gnomos: «¿Habéis visto a Puck y a Din? Tengo que decirles algo importante. ¿Habéis visto a Puck y a Din?» Nadie los había visto. Era como si hubiesen desaparecido del reino de los gnomos.

Proll y los Krachzer seguían preguntando y buscando. Querían quitarle la piedra luminosa a Puck. Uno de los Krachzer dijo: «Yo bajaré a las profundidades, a la región del calor. Si fueron a buscar nuevamente oro en las rocas azules, tendrán que pasar por allí».

Los Krachzer tenían una señal secreta: metían dos de sus largas uñas entre los dientes y daban un silbido tan alto, que los gnomos comunes no podían escucharlo; sólo los Krachzer entre sí lo escuchaban, puesto que tenían largas orejas en punta. Con ese silbido podían comunicarse a través de grandes distancias—secretamente—debajo de la tierra.

El Krachzer oculto en la hendidura de calor, casi no podía mantenerse despierto. Meneaba su cabeza de un lado a otro. De pronto escuchó un canto y eso lo despertó, puesto que reconoció las voces de Puck y Din. Rápidamente se ocultó en un recoveco, llevando las uñas a los dientes. El tono del silbido tan alto recorrió los pasillos y las hendiduras. Los otros dos Krachzer lo escucharon de inmediato: «Nuestro hermanito nos llama, los ha encontrado».

Puesto que siguió silbando, pudieron saber la dirección exacta. El Krachzer silbador dejó que los cantores siguieran su camino, luego se dispuso a seguirlos dando pequeños saltos, tal como lo hace la langosta. Los otros dos Krachzer ya se encontraban en la parte superior de la hendidura de calor, en el lugar donde ésta se abre a diversos pasillos. Allí amontonaron unas piedras para tapar el paso. Pensaron: si llegan aquí, tienen que bajar la piedra luminosa al suelo para dejar libres las manos para la tarea de sacar las piedras. Ese es el momento de apoderarnos de la piedra luminosa. Pero, antes de que Puck y Din llegasen al obstáculo, se sentaron en un recoveco

de la roca y Puck dijo: «Din, antes de llegar a la presencia del Rey, tenemos que reflexionar acerca de aquello que le diremos». No se dieron cuenta de la cercanía del Krachzer-silbador, que se aproximó para escuchar de qué se hablaba. Puck mantenía firmemente en sus manos la piedra luminosa. El Krachzer pensó: «seguro que la colocará en el piso, y ése será el momento que la agarro». Como si Puck hubiese notado algo extraño, le indicó a Din: «Sostén con fuerza tu martillo; en cualquier momento puede aparecer un Krachzer. Con la otra mano tapa cuidadosamente tu bolsillo con el anillo. Yo no soltaré la piedra luminosa».

El Krachzer se dijo: «Están precavidos. El asunto se torna más difícil». Puck siguió diciendo: «Por suerte, los Krachzer no tienen martillos. En realidad son Kobold, y no auténticos gnomos. Si alguno de los Krachzer se acerca, le doy un golpe en la cabeza».

Al Krachzer-silbador ya le picaba la cabeza al escuchar esas palabras y pensó: «¡Cuán valiente se ha vuelto Puck allí en las profundidades de la tierra. Yo no le aproximaré la cabeza para que me dé ese golpe».

Din le contestó a Puck, diciendo: «También yo tengo a mi martillo con firmeza y les daré golpes a los Krachzer si vuelven a molestarnos. Pero, por favor, Puck, cuando estemos en presencia del Rey, te pido que hables tú para contarles nuestras aventuras. A mí me cuesta encontrar las palabras».

El Krachzer-silbador opinó que ya se había enterado de suficiente información, llevó sus uñas a la boca y mandó la siguiente señal: «¡Peligro, peligro, atención! ¡Están viniendo!» Desde arriba se escuchó la respuesta: «¡Estamos preparados!»

Puck y Din comenzaron nuevamente su ascenso al lugar donde el pasillo desembocaría a la gruta. Allí los dos Krachzer estaban ocultos en la hendidura de la pared. Puck, quien iba adelante con la piedra luminosa, de pronto exclamó sorprendido: «¡Hay un obstáculo! El pasillo está cerrado. Me veo obligado a bajar la piedra luminosa para sacar las piedras del camino». Din respondió: «Este asunto no me gusta nada. Estas piedras fueron colocadas por alguien. Esto podría ser obra de los Krachzer. No sueltes la luz y levanta tu martillo; yo sacaré las piedras». Din golpeó las piedras con tanta destreza, que se desintegraron en astillas y en polvo. Ya se encontraba libre el paso. Ninguno de los Krachzer se atrevió a

aproximarse. Por el contrario: les temblaron las piernas cuando vieron la mirada amenazante de Puck con su martillo levantado.

Después de que Puck y Din emprendieron la marcha, se reunieron los tres Krachzer, se tomaron de las manos y temblaron juntos. El primero tartamudeaba: «Di-di-din ha cobrado gran valentía en las profundidades de la tierra». Y el otro agregó: «Y Pu-pu-puck tuvo agarrada la piedra luminosa con gran fir-fir-firmeza. ¡Qué tipo tan atrevido!» Pero el que había escuchado la conversación, dijo: «Ahora se van para denunciarnos al Rey. Rápido, tenemos que hacerlo saber a Proll». Rápidamente, y a modo de arañas, fueron en busca de Proll para informarle las novedades.

Puck y Din decidieron que le contarían al Rey primero la historia de la cinta de oro, para entregarle luego el anillo. Al llegar junto al palacio de cristal, se encontraron con dos guardianes con yelmos en el primer portal. En sus manos llevaban lanzas. Uno de ellos les dijo: «A ustedes los han estado buscando ¿de dónde vienen? ¿qué están buscando aquí?» Puck respondió: «Venimos de las profundidades de la tierra, de la gruta de los orfebres. Traemos algo del Maestro Kakafuru para el Señor Rey». El guardián respondió: «Si no fueses Puck, el que siempre dice la verdad, no te creería que has estado con Kakafuru. ¿Y este otro? ¿Fue contigo?» «Es Din, mi amigo, y me acompañó.» «¿Tienen alguna seña? No puedo molestar al Rey por cualquier asunto insignificante». Din miró a Puck y éste meneó afirmativamente su cabeza. Entonces, Din sacó el anillo con el diamante del bolsillo. Fulguraba por el reflejo de las luces cristalinas del castillo. El guardián exclamó: «¡Hu, huhuhu! Éste sí que es un auténtico anillo real». Y de inmediato los guardianes con sus lanzas les abrieron paso. Puck le dijo a Din: «No vuelvas a guardar el anillo. Aquí puede brillar. Aquí, a la luz de los cristales, su brillo es mucho más bello aún que allá abajo, en las profundidades de la tierra».

Llegaron al segundo portal. Al aproximarse con el brillo del anillo, los guardianes se apartaron espontáneamente y uno de ellos sacudió la campana de oro. Desde el último de los portales se acercaron tres portadores de piedras luminosas, para acompañar a Puck y a Din a la sala de los cristales, la sala del Rey. Antes de entrar, Puck susurró: «Guarda el anillo en tu bolsillo». Y Din así lo hizo.



Ahí estaba sentado el Rey, sobre su trono. Su larga barba era blanca como la nieve. En su mano derecha tenía la vara de las piedras preciosas. Junto a él se encontraban, sentados en semi-círculo, sus doce consejeros mayores. Uno de los portadores de la piedra luminosa anunció a los recién llegados: «El Rey hizo señas de que se aproximen al trono».

Y cordialmente comenzó a hablar: «Y bien, Puck, ¿has hecho nuevas travesuras, cuyo relato me ha de divertir? ¿Quieres un puesto como payaso? A todos nos vendría bien un poco más de alegría aquí en el palacio de cristal».

Las palabras del Rey confundieron un poco a Puck. No tenía ánimo de bromas y no había hecho ninguna travesura últimamente. Contestó: «¡Estimado Señor Rey! Queremos informarle acerca de dos aventuras: una aventura triste, y la otra maravillosa». «Estoy curioso», repuso el Rey, «cuenta entonces».

«Señor Rey, después de la gran Reunión, fui con mi buen amigo Din a las profundidades de la tierra, para no encontrarme con Proll y los Krachzer. Llegamos a las rocas azules donde Din sabía que eventualmente se puede encontrar oro. Tuvimos suerte y encontramos una hermosa cinta de oro. Con gran cuidado fuimos martillando la veta, para no lastimar el oro y cuando ya la teníamos casi sacada, de pronto sentimos un gran cansancio y nos acostamos a dormir. Al despertar nuevamente, la cinta de oro había desaparecido, había sido arrancada, robada. De inmediato sospechamos que podrían haberlo hecho los tres Krachzer y Proll, quienes siempre nos habían estado persiguiendo».

Din sacó de su bolsillo el pedacito de oro, punta de la veta, que aún llevaba un resto de roca azul. «Mirad, Señor Rey, esto es el restito que nos ha quedado».

Con creciente interés y con asombro el Rey había seguido el relato de Puck. Le dijo unas palabras en voz baja a su servidor, quien entonces se alejó. Luego tomó en sus manos la punta de la veta de oro y la miró con una lupa. Mientras tanto, volvió el servidor, y para gran asombro de Puck y de Din, colocó en las manos del Rey su desaparecida cinta de oro. El Rey examinó con su lupa la punta de la cinta de oro y luego la piedra azul con el resto de oro. Durante un rato, su mirada era adusta, luego dijo: «¡La verdad se descubre siempre! Esta cinta me ha sido entregada hace pocos días por Proll como regalo. Me dijo que con gran esfuerzo y arte la había liberado de la piedra azul con su martillo. Le di las gracias. Sin embargo, me llamó la atención que la punta estaba quebrada y algo retorcida. Creí que habría perdido la paciencia y la había cortado de esa manera. Ahora ustedes me han traído la parte que faltaba, como prueba de su mentira y su fechoría. Este Proll merece ir al imperio del hollín».

El Rey se dirigió a sus consejeros, diciendo: «¿No estáis de acuerdo que Proll debería comenzar todo un camino desde los inicios?» Los consejeros asintieron con un movimiento de sus cabezas, luego se escucharon voces: «¡Será tiznado! ¡Comenzará desde abajo!» El Rey se dirigió a Puck y Din, diciendo: «Tomad la cinta de oro. Es vuestra». Con estas palabras le dio la cinta a un siervo, quien la colocó en manos de Puck.

Éste, en cambio, respondió: «Señor Rey –Din y yo hemos extraído esta cinta para usted, liberándola así de la oscuridad de la tierra. Es un regalo nuestro para usted. Tal vez Kakafuru pueda pegar nuevamente la colita quebrada. Kakafuru es tan hábil: he observado su trabajo, seguramente realizaría esa tarea para conformidad suya». Puck se encaminó hacia el trono y colocó la cinta, junto con el pedacito quebrado, sobre uno de los escalones de cristal. El Rey le extendió la mano para darles las gracias, los miró cordialmente y dijo: «Gracias Puck y Din. Me pongo contento por cada uno de mis gnomos que posee la mirada de la veracidad y dice la verdad. Ahora le toca a Din contarnos la segunda historia, más alegre».

Siguiendo una indicación del Rey, un servidor había llevado dos banquitos de cristal a las inmediaciones del trono y sobre éstos tomaron asiento Puck y Din. Din comenzó su relato un poco titubeante: «Señor Rey, nosotros... descendimos por el pasillo del calor... hacia abajo... más abajo... en dirección a la gruta de los herreros. En la roca negra brillaba un lindo diamante. Martillamos. Lo liberamos. Lo pusimos al bolsillo. Más abajo, Kobold con tenazas nos agarraron –querían hollinarnos. Puck mostró piedra luminosa, yo diamante. No nos hollinaron. Kakafuru se asombró por la piedra. Con el diamante forjó anillo para el Rey».

Din suspiró; nunca antes había hecho un discurso tan largo. Cuando sacó el anillo de su bolsillo para extenderlo al Rey, éste no pudo contenerse y se escuchó un ¡Ahh! de su boca. Tomó en sus manos la obra de arte y contempló el brillo de la piedra preciosa. Colocó la reliquia en su dedo, se acercó a Din y le dio un beso en la frente. Se inclinaron entonces los doce servidores del trono, puesto que con ese beso, Din había sido elegido como servidor real. Le era permitido sentarse sobre una butaca, muy cerca del trono. El Rey hizo llamar cuatro guardianes con yelmo y dijo: «Les impartí una orden: buscad a Proll y sus tres Krachzer y llevadlos a las profundidades, a la herrería alimentada con el fuego de la tierra. Allí serán recibidos por los guardias con sus tenazas y tiznados. De ahora en más serán gnomos del hollín y tendrán que realizar duras tareas. Es su lugar. A Proll, en cambio, dad el siguiente mensaje: «Es el agradecimiento del Rey por la cinta de oro robada y por las mentiras». Los cuatro chocaron sus

lanzas contra sus escudos, lo cual significaba: «Las órdenes serán llevadas a cabo de inmediato». Trip-trap-trap y se fueron.

El Rey se dirigió a Puck y dijo: «Querido Puck, a ti no te quiero aún retener aquí en el castillo. Siento que aún quisieras vivir y experimentar muchas cosas. ¿Tienes algún deseo que puedo hacer cumplir para ti?»

Puck entonces se atrevió a expresar un pedido que desde hacía mucho vivía dentro de él. El Rey lo animaba con su cordial mirada y Puck dijo: «Señor Rey, he bajado a las profundidades de la tierra. Me gustaría ahora subir por encima de nuestro reino, donde se encuentran los hombres, los seres humanos. Como me han dicho, son seres muy extraños. La fuerza de su mirada se ha reducido de manera tal, que ya no pueden vernos».

El Rey se asombró un poco por aquel pedido, pero respondió: «Puck, si sientes que quieres conocer a los hombres, autorizo tu viaje. Tú mismo decidirás el tiempo que permanecerás allá sobre la tierra. Investiga qué sucede allá en el mundo de los humanos. Me lo contarás todo a tu regreso. Me gustaría enterarme acerca de los niños pequeños sobre la tierra, qué hacen, puesto que luego serán los mayores de otras épocas. Por el día de hoy puedes visitar con Din el castillo y los jardines de cristal. Mi fiel servidor Atahata los acompañará».

Luego de estas palabras, el Rey llamó a Atahata y despidió a Puck y a Din inclinando su vara adornada con piedras preciosas.

El Maravilloso Jardín del Rey de los Gnomos

Atahata era un guía cordial y acompañó a Puck y Din a la primera gruta real, contigua a la sala. Los dormitorios eran espaciosas grutas, dispuestas en círculo alrededor de la sala del trono. Al entrar en la primera gruta se encontraron con un fulgor azul-rojizo, proveniente de un sinnúmero de cristales. Atahata señaló a un gran número de gnomos de cristales: «¡Mirad su actividad! Desde aquí parten hacia todas las cavidades cristalinas, grandes y pequeñas, de las montañas. Llevan la luz de los cristales para que por doquier en la tierra puedan crecer los cristales. El crecimiento de estos cristales es tan lento, que en mil años aumenta escasamente el ancho de un dedo. La tierra tiene que estar transpuesta por la luz de los cristales. Esto le hace bien. Puck preguntó: «¿Qué es ese delicado sonido como un zumbido?» Atahata respondió: «Al reunirse mucha luz de cristal, se escucha eso, puesto que esa luz llega de las estrellas a la tierra».

Después de la gruta de los cristales, Atahata los llevó a la gruta de los metales. Había una gruta del hierro, otra del cobre, de la plata, del oro, etc. En cada una de ellas el sonido era diferente. Cada una estaba poblada con gnomos de aspecto diferente entre sí. Atahata dijo: «Aquí llegan, desde grandes lejanías, los rayos metálicos de las estrellas, que son llevados a las vetas metálicas de la tierra. La plata contiene las fuerzas de la Luna, el oro el poder del Sol, dentro del hierro actúa Marte, dentro del plomo, Saturno». Y para asombro de Puck, Din agregó: «Y dentro del estaño está contenida la irradiación de Júpiter». Atahata confirmó: «Así es. Y la tierra puede mantener su actividad interior al estar transpuesta por la radiación de las fuerzas de los metales». Puck se asombró al escuchar cuanto trabajo era realizado en el reino de los gnomos. Le parecía que hasta entonces había estado vagando, ignorante. Atahata señaló hacia esa gran actividad de los innumerables gnomos y dijo: «Hay dentro de la tierra más reinos de gnomos que reinos humanos sobre la tierra. Vivifican la tierra en su interior y llevan esas fuerzas vitales hacia arriba, hacia las plantas. Esa es una tarea especial de los gnomos de las raíces. Sin ellos no podría crecer ningún

árbol, ninguna flor, ninguna planta». Puck respondió: «He escuchado que los hombres comen plantas. ¿Los gnomos los proveen entonces con verduras?» «Por cierto que sí; también las verduras tienen raíces y con ellas están arraigadas dentro del reino de los gnomos».

Puck siguió preguntando: «Atahata, el Rey me ha permitido subir a la superficie de la tierra. ¿Te parece que se puede visitar a los humanos? ¿O nos hacen daño?» Atahata respondió: «La mayoría de los hombres ni puede vernos, puesto que sus ojos han perdido parte de su luz. A veces hay niños pequeños que aún conservan la delicadeza de su vista. Estos pueden verte. Y no te harán daño alguno». Preguntó Puck: «Atahata ¿puedes mostrarme el camino a los seres humanos? Siento tanta curiosidad por verlos». «Y bien, Puck, si allá afuera, frente al jardín real, asciendes en las rocas, llegarás a una pequeña colina que se encuentra en las cercanías de un lago. Allí se encuentran casas hechas por los hombres. Allí puedes andar entre ellos, sin ser visto, viendo lo que ellos hacen, pero no olvides llevar tu piedra luminosa, puede prestarte buenos servicios. El martillo puede quedar al cuidado de Din. Sube, preferentemente, cuando sea la noche. Allí los hombres hacen menos ruido».

A Puck le costó entregar su martillito a Din, pero lo hizo sin titubeo, nadie como él lo cuidaría. ¡Qué pena que Din no lo acompañaría al reino de los seres humanos!

AAtahata le dijo: «Querido Maestro, te agradezco por los buenos consejos y por mostrarme este milagroso jardín, dándome las explicaciones».

Abrazó a su amigo Din, diciendo: «Querido Din, pronto volveremos a vernos. Me parece que no soportaré mucho tiempo sin tu compañía. Sé que tengo que aprender mucho antes de poder ser digno de estar a tu lado y poder ser un servidor del trono». Al cabo de estas palabras, Puck salió del Jardín Real para encontrar un lugar desde el cual podía ascender a través de las rocas.

Puck en el Reino de los Seres Humanos

Una vez más, Puck se refugió dentro de un recoveco de las rocas. Antes de salir al reino de los humanos, quería reflexionar acerca de cuándo y dónde emprender ese viaje hacia el mundo incierto. Se había acostumbrado a la compañía de Din. Pensó: «si tan sólo supiese si ahora es día o noche allá arriba. Tal vez en el camino me encuentro con otros gnomos que me lo pueden decir. ¡Adelante, entonces!»

Al ir ascendiendo a través de las rocas, Puck notó cómo esas rocas eran cada vez más sueltas, a medida que subía. Al finalizar la roca comenzó la tierra, en la que había incontables raíces. Por doquier se desplazaban diminutos gnomos que estaban ocupados en ablandar la tierra alrededor de las raíces; para ello daban sacudones, de un lado a otro, de modo tal, que a Puck le tocaron también unos golpes. Quedó enredado dentro de un gran entrelazado de raíces con un fuerte aroma. Se trataba de un olor fino y agradable.

De pronto se encontró con un Maestro de las Raíces que era mucho más grande que los demás gnomos. Con poca cordialidad, indagó: «¿Qué estás haciendo aquí, forastero? ¿No eres acaso un gnomo de los cristales? ¿Estás buscando trabajo? Yo soy quien ordena las cosas aquí y de inmediato te daré una tarea». «No», repuso Puck, «no estoy buscando trabajo. Quiero conocer a los seres humanos». El Maestro de las Raíces de pronto aumentó aún más de estatura y gritó: «¡No irás a ver a los hombres! Aquí debes trabajar. Y si no me obedeces de inmediato y te metes dentro de las raíces, ordenaré que te aten!»

Sobresaltado, Puck fijó su mirada en los furiosos ojos del Maestro de las Raíces, y quiso agacharse para meterse dentro del enredo de raíces. Recordó entonces a su piedra luminosa. La sacó y la llevó frente a las narices del amenazante Maestro, mientras decía con calma voz: «Aquí está mi seña real. Tengo que cumplir una misión en el reino humano, acerca de ello tuve una conversación con el Rey».

Al escuchar esto, el Maestro decreció en su estatura, abrió su boca en un asombrado ¡Ahaaa! Luego dijo con gran cortesía: «Esto cambia la



situación. Te ruego perdones mi ira. No pude saberlo. Te deseo un buen viaje». Pero Puck consultó: «¿Puedes decirme si ahora es día o noche allá arriba?» «Sí, eso te lo puedo decir. Lo huelo en este gran entrelazado de raíces del árbol. Allá arriba, sobre la tierra, es un tilo. Aún está enviando luz solar hacia acá abajo. Sus flores están bebiendo esa luz. ¿Lo estás oliendo? Por lo tanto, allá arriba aún es de día. Pero no por mucho tiempo más. Ya el perfume de las raíces es más débil». Ahora Puck se había enterado del motivo de aquel aroma de las raíces: eran fuerzas florales-solares que llegaban a la tierra.

Puck le dio las gracias al Maestro de Raíces y luego comenzó a ascender lentamente, por las raíces del árbol. Quiso saber qué era un «tilo». Cuando sacó su cabeza a la superficie entre las raíces, lo encandiló la luz, a pesar de hallarse en la sombra. Se sentó y prestó atención al zumbido de las abejas. Estaban buscando la última miel del día. ¡Qué encanto esa delicada música, ese perfume! Puck, sentado al pie del tronco, cerró sus ojos. ¡Qué bello era este mundo! Extendió sus piernas y se acostó de un lado. Este suave zumbido le daba sueño. No se dio cuenta de la llegada de la noche, recién despertó por el frío viento nocturno. Se frotó los ojos y miró a su alrededor. ¡Ah! aquí estaba, junto al tilo. Se levantó para ver mejor: sí, se encontraba sobre una colina. Allá arriba, en el cielo, se veía la luna y fulguraban algunas estrellas. Al pie de la colina veía las casas de los hombres, con sus ventanas iluminadas y allá, mucho más lejos, una gran superficie de agua quieta; seguramente era el lago. De pronto, a la luz de la luna se aproximaron dos seres humanos, tomados de la mano. Se dirigieron al tilo. Puck no pudo entender sus palabras, dichas en voz baja. Debían ser palabras de amor, puesto que Puck observó cómo por encima de ambos brillaba un delicado arcoiris. «Se quieren», pensó Puck. «¡También debe ser bello ser un humano!»

Recién entonces notó que debajo del tilo había un banco. Se apartó un poco, aunque la pareja no lo veía, puesto que quería ir a conocer las viviendas humanas, las casas, con las ventanas iluminadas. Cuando se detuvo en su camino, volviendo su mirada al tilo, le pareció escuchar el canto de una clara voz humana. Y Puck pensó: «Seguramente es una canción de la luna».

Al acercarse a la primera casa, un monstruo rugiente, con ojos encendidos, salió de la misma. Se movía sobre ruedas, aullaba y desprendía una nube maloliente. Dentro del monstruo estaban sentadas dos personas, y todo se fue alejando velozmente.

Puck tardó un rato hasta recuperarse del susto. «¿Saldrían más de estos monstruos malolientes de la casa?» No. Todo quedó en calma. En la casa se veía luz únicamente en una pequeña ventana. Sin esfuerzo, Puck trepó por la pared de la casa y miró por la ventana. En una camita estaba acostado un niño y lloraba. Un ser humano más grande estaba inclinado por encima del niño que lloraba y Puck escuchaba las palabras: «Padre y madre fueron a hacer una visita. Pronto volverán». Pero el hermanito menor era inconsolable. Entonces la hermana mayor se puso a cantar una canción, al son de la cual batía las manos, pero el pequeño gritaba cada vez más fuerte. Puck entró por la ventana y se sentó allí. De pronto el niño calló y señaló con la mano en su dirección. «¡Ah!» dijo Puck, «ése aún posee el ojo delicado y puede verme».

La hermana también miró en dirección de la ventana, pero no vio nada especial. Sólo estaba contenta de que el pequeño había dejado de gritar. Dijo: «Sí, Daniel, afuera brilla la luna. Y la luna se pone contenta cuando los niños pequeños duermen». Puck saludó a Daniel con un gesto de su mano y Daniel hizo lo mismo. La hermana dijo: «Está bien que saludes a la luna. Te dejo la luz prendida por un rato. Tengo que hacer ahora los deberes para la escuela. Buenas noches».

Salió del dormitorio, feliz de que su hermanito se hubiese tranquilizado tan rápidamente. Pero apenas hubo salido, regresó diciendo: «Daniel, no dijimos la oración». Y Puck vio cómo el pequeño y su hermana unieron sus manos, diciendo juntos:

Ángel guardián
Permanece a mi lado
Durante la noche
En el viaje celestial
Al paraíso de la Estrella.

Y en ese momento apareció nuevamente un arcoiris colorido, por encima de los dos seres humanos. Y estaba abierto en el centro superior, a modo de un camino hacia el firmamento con sus estrellas. Una vez que la hermana se había ido, Puck se sentó junto a Daniel, sobre la colcha y éste le preguntó en voz baja: «¿Eres el hombrecito de la luna?» «No, soy hombrecito de la tierra. Me llamo Puck». Daniel lo invitó: «Puedes dormir conmigo. ¿Quieres?» «Tal vez un ratito» «¿Dijiste tu versito para dormir?» «No sé ninguno». «Te digo el mío». Daniel unió sus manos e indicó a Puck hacer lo mismo. Puck así lo hizo, y Daniel comenzó:

Ángel guardián ...
a mi lado ...
... la noche
En el viaje ...
Paladiso ...

Sucedió entonces algo maravilloso. Puck vio que poco después de la oración que Daniel ya pronunciara con los ojos casi cerrados, sus ojos se cerraron por completo. De su cuerpo se elevó algo luminoso y fue ascendiendo. El arco de colores había desaparecido y Puck escuchó la serena respiración de Daniel, dormido. Puck se acostó sobre la colcha y con cada respiración era mecido un poco, hacia arriba, hacia abajo. Le gustó. Se acercaron pasos. La hermana entró y apagó la luz. Sólo la luna enviaba su luz al cuarto.

Puck se sentía dichoso: «Ya sé cómo se duermen los niños pequeños. Se lo podré contar al Rey. ¿De qué manera, empero, se despiertan los niños? Tal vez pueda venir al amanecer y estar presente cuando Daniel despierte. Mientras tanto daré un paseo a la luz de la luna». Fue así que Puck desapareció a través de la ventana y bajó por la pared de la casa. Contempló las flores en el jardín nocturno y vio cómo bebían la luz de la luna. De pronto, escuchó voces bajas detrás de un árbol. Eran voces humanas. ¿Qué era esto?

Dos oscuros sujetos se estaban acercando sigilosamente a la casa. Puck escuchó la voz de uno de ellos: «Se han apagado todas las luces en la casa, podemos comenzar con nuestra tarea. Tú puedes romper la cerradura de

la puerta. Yo me quedo aquí vigilando». Puck observó que a ese hombre le salían pequeñas serpientes de su boca mientras hablaba. Y al otro, al que vigilaba, le estaban creciendo garras de sus uñas. Eran malhechores, que estaban por robar algo. Junto a la puerta se observó la luz de una linterna y el ladrón comenzó a probar -una por una- muchas llaves, para ver si alguna de éstas abría la puerta. Puck sentía una gran rabia. Saltó sobre su brazo y lo pellizcó con toda su fuerza. El malvado gimió: «¡Ay! siento un calambre». Dijo a su compañero: «Ven, toma las llaves e inténtalo tú. No tengo fuerzas en mi brazo». Puck le hizo lo mismo al segundo y entonces éste tiró las llaves al suelo, con una maldición.

En eso se escuchó un motor que se estaba acercando. El vigilante exclamó: «¡Están regresando!» Ambos se alejaron corriendo. Pero Puck los persiguió. Consiguió agarrar a uno de ellos en el pie, de modo que cayó cuan largo era, al pasto mojado, perdiendo las llaves. El otro había tropezado con una rama baja, en su desenfrenada carrera, y se estaba frotando el chichón en su cabeza. Los malhechores desaparecieron en dirección a la aldea. Puck se detuvo allí, en la oscuridad de la noche. Estaba triste. Pensó: «Entonces también existen entre los hombres seres tales como Proll -¡Hombres-Proll!»

Cuando cruzó una pradera, bañada por la luz de la luna, llegó a una pequeña casa. Una de sus ventanas estaba iluminada. Trepó y vio a una mujer que estaba en esa pieza. Estaba sentada al lado de la cama de una niña pequeña. ¿Estaría enferma? Puck vio que de su cabecita se estaban elevando inquietas llamas de colores. La madre le limpiaba el sudor de la caliente frente con un paño húmedo. Luego le daba de beber de un vaso. Tomó la mano afiebrada de su niña y la rodeó con su brazo. Y fue entonces que Puck pudo observar nuevamente cómo se formaba un bello arcoiris de colores de la madre a la niña. Vio cómo la madre acariciaba a la niña y pensó: «éste es el arcoiris más bello de todos». Se sentó en un rincón de la pieza para admirar el juego de aquellos colores. De pronto, la niña exclamó: «¡Madre! Un hombrecito. ¿Ves ese hombrecito?» La madre se sobresaltó, pues pensó: «La niña está hablando fantasías por la fiebre. Voy a llamar al padre». Abandonó el cuarto. Puck se sentó sobre la colcha y acarició las manos de la niña, tal como lo hiciera la madre. Sonrió, y cual



rojiza luminosidad, una luz se desprendió de ella, elevándose, girando. Al entrar el padre y la madre, la pequeña estaba profundamente dormida. Sólo la respiración gemía levemente.

«Gracias a Dios», dijo la madre, «pudo dormirse. Si tan sólo pudiese seguir durmiendo hasta el amanecer».

Apagó la luz, y el silencio imperó en la pequeña casa. Puck de pronto recordó su piedra luminosa. ¿Podría tal vez brindar ayuda a la niña enferma? La sacó del bolsillo y comenzó a describir silenciosos círculos por encima de la cabecita acalorada, tres veces, girando a la izquierda, tres veces girando a la derecha, una y otra vez.

Interiormente, Puck prestó atención a la respiración. Le pareció que era más suave, más regular ahora. De pronto, Puck notó cómo desde él hacia la pequeña niña se estaba formando un delicado arco de colores, algo que nunca había visto en el reino de los gnomos. Prosiguió describiendo

los círculos, y sintió una gran dicha. Sintió entonces como si de ese arco colorido llegase un nuevo sonido a su corazón. Pensó: «¡Qué bello es poder ayudar a los niños humanos!» Y entonces el arco de los colores se iluminó aún más y de pronto le pareció a Puck como si de las alturas se abriese un amplio portal, a través del cual, por un instante, podía mirar dentro del mundo de los ángeles. Como su brazo se estaba cansando, trazó círculos cada vez menores, para quedarse finalmente dormido, él mismo, sobre la cama.

Amanecía cuando despertó Puck. Las mejillas de la niña estaban frescas, las pequeñas llamitas habían desaparecido. La fiebre había desaparecido. Puck se fue del cuarto y de la casa. Sin embargo, su corazón permaneció colmado de un sonido dorado, que allí había dejado el arco de los colores. Retornó por el prado para presenciar el despertar de Daniel. El prado estaba cubierto por una tenue neblina. Los silfos del rocío mojaban las hierbas y las flores con gotitas fulgurantes. Puck los saludó con un ademán de brazos, pero no tuvo tiempo de permanecer allí. Al entrar a la pieza de Daniel, éste se encontraba aún entregado a un apacible sueño. Puck notó que se estaba aproximando un destello luminoso que lo tocó, sumergiéndose un poco en su cabeza. De pronto, Daniel, con sus ojos aún cerrados, pronunció palabras extrañas. ¡Ah! estaba soñando. Sus puños fregaban sus ojos. Luego, Daniel abrió sus ojos y comenzó a cantar un suave «Lalela, lalela...» De pronto, se detuvo. Vio a Puck, sentado junto a la ventana. Estalló en júbilo. «¡Hombrecito de la tierra! ¿estás aquí de nuevo? ¡te regalo algo!» Tomó su osito de tela y se lo llevó a Puck par que éste lo acariciara. Y así lo hizo Puck, a pesar de que le pareció extraño acariciar un animal de tela. Daniel comenzó a danzar por la habitación con el osito, y Puck tuvo que participar. Se abrió la puerta y entró la madre; levantó al niño y lo apretó contra su corazón. Este exclamó: «¡Osito baila, hombrecito baila, madre baila con nosotros!» Y entonces también la madre comenzó a girar; danzando se alejó a una pieza pequeña. Allí un arroyito corría dentro de una fuente blanca. La madre tomó un paño y mojó con el agua la cara y las orejas de Daniel que dio un grito de deleite.

Puck pensó: «Qué usanzas tan extrañas tienen esos hombres con sus niños». Pero a Daniel parecía gustarle, puesto que chillaba alegre. «¿Será

que los humanos son medios peces, que les agrada chapucear en el agua? Tengo que contarlo al Rey. Y qué cosa extraña: primero la madre mojaba al niño, luego lo volvía a secar con un paño. ¿Qué sentido tenía eso?» Puck no encontró explicación alguna...

Pero he ahí que luego hasta le llevó un cepillo a la boca, sobre el cual había colocado una pomada roja. ¡Fregaba el interior de la boca! Luego, Daniel comenzó a escupir todo aquello, dentro de la fuente blanca. Puck no sabía qué pensar de todo esto. ¡Qué seres tan extraños esos humanos! Pero seguían las cosas raras: la señora tomó algo así como un pequeño serrucho y lo arrastró varias veces por los cabellos del niño. Pero no logró aserrucharle los cabellos. Finalmente le colocó una vestimenta colorida.

«¡Que suerte que no soy un niño humano y no tengo que pasar por todo esto: mojarme, cepillarme, aserrucharme todas las mañanas! Estoy asombrado que Daniel no se ponga a gritar desesperado frente a tal maltrato. ¡No gracias! Prefiero quedar gnomo».

Puck desapareció de la casa y volvió al prado. ¿Iría nuevamente a la casa pequeña, para ver cómo estaba la niña enferma? ¡Sí, eso voy a hacer!»

Estaba sentada en su camita y la madre sentada al lado de la cama, estaba comiendo una rodaja de pan con miel. También el padre estaba allí, y la madre le dijo: «A Rhea le va mucho mejor; la fiebre se ha ido. Esta noche pasó un milagro. Anoche estuve tan preocupada». Rhea, entonces, exclamó: «Madre, he soñado con un hombrecito. Era amoroso. Con su luz de plata hacía caminos alrededor de mi cabeza. Y entonces me sentí tan bien, tan aliviada. ¿De dónde viene esa gente, madre? Lo pude ver realmente así». «Querida Rhea, eso ha sido un sueño y los sueños pueden ser muy bellos».

A Puck lo entristeció que la madre no sabía nada de él. Parecía que tampoco Rhea lo estuviese viendo ya, ahora que ya no tenía fiebre. Sí, sí, pensó Puck, los humanos tienen su vida propia y nosotros los gnomos tenemos la nuestra, diferente. Y de pronto sintió un gran deseo de volver al imperio de los gnomos. Había sido lindo conocer a los niños humanos, pero Puck notó cuán diferente era todo aquí, quería volver ya, junto a Din y a su pueblo.

Al salir de la casita y llegar al prado, apareció a lo lejos el tilo junto a la colina. Regresó a ese lugar. ¡Qué maravilloso zumbido se escuchaba

allí; provenía de miles de abejas! Puck se metió dentro del hoyo entre las raíces, echó una última mirada hacia el bello mundo bañado por la luz del sol, luego se deslizó lentamente hacia el interior de la tierra. Y allí estaban nuevamente todos esos gnomos de las raíces. El maestro le preguntó con una risita: «¿Ya te hartaste del reino humano?» Puck hizo un gesto de saludo y siguió deslizándose rápidamente hacia la profundidad de la tierra. En la proximidad del castillo de los gnomos, llegó al sendero de los cristales. Quería encontrar a Din y contarle de los humanos y del reino allá arriba, en la superficie de la tierra.

Al tocar la campana en el portal del castillo, le abrió el guardián. «¡Ah! ¡Ha regresado Puck! Din me ha preguntado ya tres veces si habías vuelto. Como ves, te esperan». «¿Dónde puedo encontrar a Din?» «Hoy está trabajando en la gruta de plata. Pero mira, ahí viene».

Era cierto. Allí venía Din, portando cuidadosamente una fuente de plata, dentro de la cual fulguraba una piedra luminosa. Puck se ocultó detrás del guardián. Escuchó a Din, quien preguntaba con voz triste: «¿No ha regresado Puck?» El guardián dio entonces un salto al costado y Puck estaba parado frente a Din. Puck tomó con una mano a Din, y con la otra la fuente, y comenzó a girar. Din se detuvo y preguntó: «¿Era lindo allá en el reino humano? ¡Volviste rápido! ¿O no te fuiste allá siquiera? ¡Ven, cuéntame!»

Puck se sentó con Din en una pequeña gruta de cristal. Y luego comenzó a contar. Del Maestro de las Raíces que quiso atarlo, del arco de colores que había visto en las dos personas que paseaban a la luz de la luna junto al tilo, de Daniel, de la niña enferma a la cual pudo ayudar con su piedra luminosa, de los malhechores, que pudo alejar de la casa.

Din preguntó: «¿Hay entonces también entre los humanos sujetos malvados, como Proll y los Krachzer? ¡Si tan sólo hubiese un remedio para erradicar el mal del mundo!» Puck contestó: «Yo creo que si entre los hombres comienzan a resplandecer más y más arcos de colores, y si resplandecen también en el reino de los gnomos, la oscuridad tendrá que ir desapareciendo. Entonces será cada vez mayor la luz que trans-irradiará la tierra».

Din respondió: «Mira, entre nosotros se ha formado un pequeño arco de color». Y Puck vio que realmente estaba allí esa luz entre ellos. «Din, tal vez lo he traído del reino humano». Din tomó su fuente de plata, que había colocado al lado suyo, y dijo: «Puck, tienes que contar tus vivencias con los seres humanos al Rey. Tal vez con su ayuda podamos descubrir el camino de una iluminación cada vez mayor, también en el reino de los gnomos».

De entre sus ropas, Din extrajo el martillito de Puck, que había llevado siempre consigo. Lo colocó en sus manos, diciendo: «Toma tu martillo, sin él no puedes presentarte frente al Rey».

Una Importante Reunión

En su camino a la sala del Rey, Puck y Din se encontraron con otro hermano gnomo, que tenía pies muy anchos. Al pasar junto a ellos, Din lo reconoció y lo saludó: «¿Eres tú, hermano Wandro? ¿Parece que estás apurado? Mira, éste es Puck, mi amigo. Tú no lo conoces aún». Wandro se detuvo para saludar a Din y a Puck, y lo hizo pasándoles —a modo de caricia— su ancho pie sobre sus pies. Casi le dio risa a Puck, al observar los grandes dedos de los pies de Wandro. Wandro dijo con cierta inquietud: «No puedo retrasarme. Pronto comienza la reunión general y yo tengo que hablar de mi viaje al reino humano».

Din lo tranquilizó: «No hay apuro. También nosotros vamos a esa reunión. También Puck va a contar lo vivido en su viaje para conocer a los hombres». Wandro se asombró muchísimo: «¿De qué podrás hablar tú? Yo mismo voy a contar de qué manera conviven los hombres y los animales». Puck, cuya mirada se detuvo una y otra vez sobre los inmensos dedos de los pies de Wandro, contestó: «Mi relato será muy diferente, visité niños pequeños en mi viaje. De ello quería escuchar el Rey».

«Bien, bien», opinó Wandro, «pero no pudiste haber ido lejos; lo veo en tus pies. Fíjate en mis pies de caminante. Estos pies sí que tienen su historia —anchos y grandes de tanto caminar». Y diciendo esto, la boca de Wandro se estiró en una risa de oreja a oreja, con la que de inmediato se ganó la simpatía de Puck. De pronto, empero, Wandro se puso serio: «Sí, sí. Los hombres allá arriba viven una época peculiar. Antes sólo hubo animales y hombres que caminaban, y aves que giraban en los aires. Ahora se tiene que ir a regiones solitarias si no se quiere ser afectado constantemente por el ruido y el mal olor de sus hupos. Y en los aires vuelan vertiginosos pájaros metálicos».

Puck hizo un gesto afirmativo con la cabeza. No había notado ningún pájaro metálico, pero sabía ahora que a esos carros ruidosos, con sus ojos de fuego, en la lengua de los gnomos se los llamaba «hupo». En el interim, los tres habían llegado a la entrada del palacio. Un guardián los recibió y los condujo a través de un portal, al interior del palacio real.

Cuando Puck, Din y Wandro fueron conducidos a la sala real, allí se encontraban ya todos los consejeros, sentados alrededor del trono del Rey. Un servidor les indicó a los recién llegados tomar asiento en butacas cercanas al trono. Din se dirigió al lugar donde se encontraban los servidores.

Una vez que el Rey tomó asiento en el trono, le hizo una señal a Wandro. Y éste comenzó diciendo:

«Estimado Rey, estimados Consejeros. Gustosamente les voy a contar mis vivencias en el reino de los humanos. Hoy les voy a contar de campesinos alegres y contentos y de otros furiosos y de mal humor. Nuestro Rey me ordenó averiguar lo que está pasando con hombres y animales, allá en la superficie. Es así que con el último cambio de la luna, visité una granja situada en un silencioso valle. No se veía otra granja en las cercanías. Esa casa tenía muchas ventanas, pues a los hombres no les gusta estar sentados en la oscuridad.

Frente a la casa había un jardín donde florecían muchas bellas flores. Había en el jardín una mujer humana, que cuidaba las flores. Aflojaba la tierra con unas puntas de hierro, sujetas en un palo. Les dio agua con un recipiente de larga nariz. De vez en cuando acercó su nariz a una flor para absorber su perfume. La gente cree que quien inspira mucho perfume de flores, embellece su alma. Mientras tanto, estaba hablando con un gato, que se fregaba contra sus piernas.

Junto a la casa tenían sus nidos las golondrinas que iban y venían, llevando alimento a sus pichones: moscas y mosquitos. Las gallinas cacareaban en el patio, rastrillando el suelo con sus patas, mientras que el gallo hacía oír su gallardo 'Kikerikiki'. A la mujer parecía gustarle ese canto. Buscó unos granos de la casa y se los arrojó a los emplumados. ¡Era muy divertido observar cuán de prisa las gallinas devoraban esos granos! Y de una pequeña casa, constantemente entraban y salían centenares de abejas, visitando las flores del jardín y del prado, para proveer con miel a su pueblo.

De pronto, se abrió la puerta y un muchacho, con un vigoroso ¡hoiho! llevó las vacas al pastizal. Algunas llevaban campanas atadas al cuello. Tenían un sonido tan agradable, que de inmediato me trepé por la cola de una vaca, y montado sobre la misma, llegué al prado. El muchacho

conocía a cada una de esas vacas por su nombre. Nombres muy extraños: Blossch, Chläh, Krone, Stern y así sucesivamente. Las acarició, yendo de una a otra, y luego se puso a cantar raras canciones, sin palabras: Hoilandrihu... y algo por el estilo. Las vacas, una vez saciado su hambre con las jugosas hierbas, se acostaron al suelo, para rumiar. Se aproximaron entonces muchos hermanos gnomos de las raíces de las hierbas del prado y se pusieron a jugar entre el ganado pacífico. Se sentaron sobre el lomo de los animales y les gustaba sobre todo la punta de la cola, puesto que les permitía volar por los aires cuando la vaca movía la cola para espantar las moscas.

De esta forma, los hermanos gnomos se reconfortan en el prado de las vacas. Yo quise ir a visitar las viviendas de las vacas y allí me encontré con el alegre campesino. Eso sí, tengo que reconocer: pulcras no son esas vacas. Despiden la bosta, vigorosamente, y toda la vivienda de las vacas estaba llena de esa bosta. El campesino, sin embargo, estaba contento y la juntó cuidadosamente. Con una carretilla la llevó toda, juntándola en un montón afuera. Allí lo amontonó con tanto cuidado, como si quisiera construir una casa con esa bosta. Se lo vio muy alegre con esa ocupación, silbando una canción, y el perro lo acompañaba saltando y ladrando. Una vez sacada la bosta, el campesino trajo paja dorada. Con ella preparó camas limpias y abrigadas para las vacas. Cuando el muchacho regresó con las vacas, estuve muy curioso, aguardando lo que sucedería. Imagínense, el campesino se sentó casi debajo de una vaca y comenzó a tironear de la vaca en su panza. Entonces fluyó un agua blanca de la vaca, dentro de un recipiente, que el granjero mantuvo entre sus rodillas. Debe haber sido agua de hierbas, ya que olía al prado. El muchacho tomó un cepillo y fue de vaca en vaca para cepillarla y limpiarla. Sí, yo pude ver todo eso. Estas personas eran cordiales y cariñosas con los animales y los cuidaban. No puedo, en cambio, decirles qué hacen los hombres con toda esa agua blanca de las hierbas. Eso debería ser averiguado alguna vez. ¿Tal vez se bañen con el agua ésa?

Al día siguiente seguí caminando. Llegué a una granja muy grande, mucho mayor a la anterior. Imperaba un extraño silencio. Frente a la casa no había jardín alguno. No había cacareo de gallina en el patio y no se veía

vaca alguna. Pensé ¿dónde están todos los animales? Me metí entonces en un edificio alargado. Dentro de jaulas de alambre vi encerradas a muchos centenares de gallinas. Apenas podían moverse. Casi no tenían plumas. De tan aburridas que estaban se arrancaban mutuamente las plumas, las pocas que les quedaban. Tenían una mirada triste, desesperada. Me fui a la vivienda de las vacas. No había paja abrigada allí. Sobre enrejados metálicos estaban los animales, parados o acostados. Nadie les había dado un nombre ni los llevaba al prado. Sobre el prado rugían máquinas. No había el zumbido de abejas y ninguna golondrina pasaba volando. Ninguna persona había allí, que cantase canción alguna. Había, en cambio, en el establo de las vacas unas cajas que despedían el chirrido de voces parecidas a las humanas, sin detenerse jamás. Dos o tres personas estaban caminando en el lugar, con caras tan amargadas como si su trabajo no les aportase ninguna alegría. El granjero, furioso, reprendía a un dependiente, porque se había roto una máquina. En los campos labrados y en el prado se olía algo extraño, como un veneno muy sutil; en especial en un lugar donde un hombre estaba vertiendo un agua amarilla, a modo de fina lluvia, sobre un árbol. Me sentí tan mal, que rápidamente me metí dentro del suelo. Allí apenas me pude encontrar alguna lombriz. Una se quejó: 'todos mis hermanos ya han emigrado. El suelo se torna duro y ácido. Sentimos ardor en nuestro cuerpo, al comer grumitos de tierra'.

Sí, Señor Rey, todo eso lo vi en la granja del campesino furioso. Uno se pregunta: ¿comienzan a olvidarse los hombres que los animales les han sido confiados? ¿También los animales deben sentirse felices dentro de su vida! ¿Por qué cada vez más hombres se conforman en enemigos de los animales?»

Wandro calló.

El Rey de los Gnomos guardó silencio, pensativo. Luego dijo: «Los hombres se dividen, con evidencia cada vez mayor, en dos categorías: los unos aman a la tierra, a los animales y las plantas, rodeándolos de cuidados. Los otros a menudo tienen pensamientos oscuros. Se olvidan entonces que también los animales viven alegrías y penas, menosprecian a la tierra y sus criaturas. Nosotros, los gnomos, nos alegraremos por cada humano que ama a la tierra, a los animales y las plantas».

Y una vez más, el Rey se dirigió a Wandro, diciendo: «Agradecemos al gnomo caminante, que nos ha informado tan detalladamente de las dos maneras de ser de los hombres y su trato con los animales. Esperemos que los hombres descubran lo justo antes de que sea demasiado tarde. Ahora, empero, escuchemos lo que nos cuenta Puck de sus vivencias en el reino humano».

Puck se levantó y comenzó a contar: «¡Estimado Rey, estimados Consejeros! He tenido mucha suerte en mi viaje hacia los hombres. He llegado a la superficie de la tierra a través de la formación de raíces de un tilo. Tuve que acostumbrarme primero a la luminosidad del día de la tierra. Pero pronto se hizo la noche. Me hallaba sobre una colina y la luna se reflejaba en un lago. Una pareja de humanos, tomados de la mano, se acercó caminando al árbol. Se amaban. Vi un arco de colores que se había formado por encima de ellos y que los acompañaba. Su arco unía ambos corazones de manera similar al arcoiris del cielo, sólo que mucho más pequeño. Supe entonces: tan delicadamente bello brilla el amor humano. Luego llegué a una morada humana que tenía sus ventanas iluminadas y vi cómo se duermen los niños pequeños. Juntan sus manos y pronuncian algunas palabras buenas y pronto su alma asciende al mundo de las estrellas. Su cuerpo permanece acostado en la cama, y la vida sigue latiendo en su corazón. La respiración mueve su pecho, serenamente, y creo que todos los hombres son buenos cuando duermen.

Me he encontrado también con hombres malos. Dos sujetos estaban dando vueltas, sigilosamente, en la noche. Querían entrar a casas, para robar. A ellos, la oscuridad les entra hasta dentro de su corazón. De sus bocas chisporroteaban víboritas cuando hablaban, y de sus dedos crecían garras.

La mayoría de los humanos no pueden vernos. Sus ojos son demasiado opacos. Pero algunos niños pequeños pudieron verme.

Luego visité también a una niña enferma. De su cabeza se desprendían llamitas. Entonces hice girar mi piedra luminosa sobre su cabeza y lentamente fueron desapareciendo esas llamitas inquietas. La enfermedad se alejó y por la mañana estuvo sana y alegre. Noté que desde la niña hacia mí se fue formando un arco de colores. Dentro de su luz sentí una dicha imposible de explicar con palabras».

Puck se detuvo en su relato. Había notado que el Rey estaba escuchando con gran entrega sus palabras. Tuvo entonces una idea valiente y dijo: «¡Estimado Señor Rey! Aquí en nuestro reino de los gnomos hay mucha bella luz de los cristales, fulgor de piedras preciosas y de oro. ¿Por qué no hay entonces aquí arcos de colores como los que tienen los humanos? ¿No sería posible que la luz del amor de los arcos de color pueda llegar al reino de los gnomos, si muchos hermanos gnomos fuesen a visitar a los humanos?» El Rey reflexionó por un tiempo, luego respondió: «Sí, Puck, tienes razón. Antes, cuando hablabas, te rodeaba un resplandor de luz del arco de los colores. Era hermoso. Justamente por el hecho que las oscuras sombras del alma y los fríos pensamientos se tornan cada vez más fuertes y adustos en los humanos, la luz del arco de colores debería crecer cada vez más sobre la tierra y dentro de la tierra. De esta manera, nosotros los gnomos podemos hallar una nueva unión para con los humanos. Entonces, en el reino humano y en el reino de los gnomos puede resplandecer el sol interior de la tierra. Cuando los hombres aman a las plantas y a los animales, piensan también, nuevamente, en nosotros, que invisibles para ellos, trabajamos e imperamos dentro de la tierra. Colaboramos constantemente a que crezcan como alimento terrenal de los hombres y también para el reino animal». El Rey reflexionó un momento, luego dijo: «Puck, te nombro siervo del arco de los colores en nuestro reino. Has experimentado cómo se genera. Nombra algunos compañeros, quienes contigo visiten el reino humano para que conozcan el mundo del arco color del amor humano y puedan traer algo de ello a nuestro reino. ¿Quieres hacerlo?» Puck señaló a Din y preguntó: «¿Puedo llevar a Din? Entre nosotros ya ha comenzado a resplandecer».

«Así sea, Puck, y espero que pronto seáis muchos los que deseáis construir el puente arco-color entre los dos reinos». Puck miró a Din y éste saltó de su banquillo, se acercó a Puck y le extendió ambas manos, sin decir palabra alguna, pero el Rey y todos los Consejeros vieron que un firme arco-color se extendía sobre ambos a modo de un luminoso portal abierto. Sucedió algo inesperado: Wandro, quien tantas veces había estado entre los humanos y no había notado allí arco-color alguno, se sintió conmovido por las últimas palabras del Rey. Se levantó, se unió a Puck

y Din, diciendo: «Hermanos, mirad mis pies. Os dicen que conozco los caminos de los hombres en la tierra. ¿Me permitís unirme a ustedes? Creo poder ser el tercero en esa unión: Din posee la mayor cabeza, Puck posee un amplio, buen corazón, y yo tengo los mejores pies y hábiles manos». Wandro extendió sus brazos y mostró sus manos. Entonces Puck lo tomó de la mano derecha, y Din de la mano izquierda. Los tres se inclinaron frente al trono del Rey, y así, tomados de la mano, partieron por el portal de cristal en busca de nuevos encuentros con los seres humanos.
